

Los hechos inexactos son altamente perjudiciales para el progreso de la ciencia, pues tardan mucho tiempo en desvanecerse; pero las opiniones inexactas, si están basadas en pruebas, no causan grandes perturbaciones, pues todos hallan especial deleite en probar su falsedad (Charles Darwin: El origen de las especies).

EL PSICOANÁLISIS EN SU CONTEXTO CULTURAL

Es un error sacar al psicoanálisis del contexto cultural en que ha nacido, de la estrechura de la sociedad burguesa que ha configurado su lenguaje y su forma de pensar. Pero otro error es ver en la teoría psicoanalítica una doctrina dogmática y establecida para siempre, basándose en resúmenes ya periclitados de las obras de Sigmund Freud (1856-1939) y desatendiendo toda la evolución posterior.

Según Freud, los primeros descubrimientos psicoanalíticos los hicieron los artistas de todos los tiempos en sus grandes obras (desde Sófocles y Esquilo a Shakespeare, Cervantes, Goethe, Strindberg, Dostoiewski, Thomas Mann). Muchos contenidos y temas psicoanalíticos estaban ya previamente comprendidos y utilizados por las grandes obras literarias. Los grandes escritores de la generación de Freud ya ofrecían muchos temas que Freud aprovechó para hacer sus diagnósticos y formular sus teorías. Pero los literatos solo describían lo que observaban sin interesarse por encontrarle un sentido o una explicación, que era el objetivo que perseguía Freud.

Freud casi no valoró a los surrealistas, cuya escritura automática pretendía filtrarse con el psicoanálisis, porque su técnica no quería ser un arte poética sino una terapia. Algún autor dijo que el psicoanálisis era una "psicología de poetas", lo que no debió gustarle demasiado a Freud, que se colocaba del lado de la ciencia. Si el psicoanálisis ha marcado la creación literaria es porque la escritura y la cura tienen en común el recurrir al discurso para tratar un material idéntico. No hay que buscar fuentes del psicoanálisis en la literatura, sino coincidencias. Hugo von Hofmannsthal (1874-1929) decía que él no se interesaba por el psicoanálisis porque "lo que ellos saben, nosotros lo sabemos hace tiempo".

Algunos autores han presentado a Freud como epígono de algunos precursores literarios, como Arthur Schnitzler. Sin embargo, Freud no pierde ocasión de tributar homenaje a los escritores cuyas intuiciones precedieron sus teorías. Diversos escritores, mucho antes de los *Estudios sobre la histeria* habían mostrado las relaciones entre histeria y sexualidad, pero el psicoanálisis desarrolló una teoría verificable por la experiencia y abierta a

nuevos planteamientos. Freud subrayó en su momento la deuda del psicoanálisis con el romanticismo alemán. Como dijo Thomas Mann, "la teoría del inconsciente es un romanticismo que se ha convertido en ciencia". Pero esto se presta a malos entendidos, pues el psicoanálisis parece más cercano al racionalismo del siglo de las Luces. Romanticismo y psicoanálisis comparten el interés por "la faz oscura" de la psique, pero los separan profundas diferencias. Karl Gustav Jung, con su concepción de la relación de un inconsciente colectivo con el inconsciente individual, está mucho más cerca que Freud del romanticismo.

Los años que van de 1895 a 1900 vieron el nacimiento de Viena del *Art Nouveau*. La fundación de la *Wiener Secession*, con su órgano la revista *Ver Sacrum*, y la creación de los *Wiener Werkstätte* hacen de Viena, dormida en el academismo, un lugar de vanguardia propulsor de un arte nuevo. Freud ignoró esta "revolución estética", sin embargo, este movimiento era una reacción contra el conservadurismo, lo mismo que el psicoanálisis era una reacción contra la psiquiatría médica y la psicología universitaria.

"Si consideramos la atmósfera de neurosis y de indolencia que reinaba entonces en la metrópoli austriaca, llevada ya al punto de incandescencia por el teatro de Arthur Schnitzler y las óperas de Richard Strauss, no es sorprendente que Klimt y Freud hayan acordado tal importancia a la sexualidad como aspecto principal de la vida y como su elemento determinante" (Alexandra Comini, historiadora del arte).

Freud no buscará jamás la compañía de pintores o de músicos (es conocida su falta de sensibilidad para la música). Se mantuvo siempre apartado de la "bohemia vienesa" y, aunque sabía que tenía dotes de escritor (el mismo Thomas Mann propuso a Freud para el Premio Nobel de Literatura), nunca reconoció otro interés que la ciencia.

Pese a que desde épocas pretéritas los investigadores apuntaron la presencia de una actividad psíquica marginal a la conciencia, ninguna de las corrientes psicológicas del siglo XIX demostró particular interés por lo inconsciente. Todas estas corrientes afirmaron la importancia de lo consciente y, si se detuvieron en lo inconsciente, fue para dar de él una visión estática o emplearlo como calificativo para los grados de claridad de los contenidos de conciencia y considerarlos dependientes de la atención.

Las teorías psicológicas no alcanzaban a explicar fenómenos como las equivocaciones que se cometen al hablar o al actuar y que parecen tener un sentido opuesto al que voluntariamente se desea; el contrasentido de los sueños; las perversiones y los trastornos sexuales; el origen de la angustia psíquica; los síntomas neuróticos; las fobias; las alucinaciones; la hipnosis, etc. A falta de explicación, la psicología dio una respuesta anticientífica: la casualidad.

En los últimos años del siglo XIX, se inició el desarrollo de una nueva teoría que proclamaba la existencia de un sistema psíquico, inconsciente, inmenso, dinámico que estaba gobernado por leyes propias y que era determinante de toda la vida psíquica. La conciencia era vista como un estado fugaz y los

verdaderamente psíquico era lo inconsciente. Con la psicología del inconsciente entra Sigmund Freud en la historia.

Un día, un editor madrileño rogó a Ortega y Gasset que le indicase una obra para traducir al castellano que tuviese interés para el lector español. Ortega le recomendó sin vacilar que publicase los primeros libros de Sigmund Freud.

Estos libros fueron traducidos por un meritorio Inspector de Hacienda, llamado Luis López Ballesteros y de Torres. Los primeros tomos aparecieron en las librerías españolas en 1923. Fue la primera traducción a otra lengua de las obras de Sigmund Freud.

En 1923 Sigmund Freud, escribió una curiosa carta al traductor español de sus obras:

«Sr. D. Luis López-Ballesteros y de Torres

Siendo yo un joven estudiante, el deseo de leer el inmortal "Don Quijote" en el original cervantino me llevó a aprender, sin maestros, la bella lengua castellana. Gracias a esta afición juvenil puedo ahora, ya en edad avanzada, comprobar el acierto de su versión española de mis obras, cuya lectura me produce siempre un vivo agrado por la correctísima interpretación de mi pensamiento y la elegancia del estilo. Me admira, sobre todo, cómo no siendo usted médico ni psiquiatra de profesión ha podido alcanzar tan absoluto y preciso dominio de una materia harto intrincada y a veces oscura.

Freud – Viena, 7 de mayo de 1923.»

La edición castellana apareció en Madrid, en la traducción de José Luis López Ballesteros, inicialmente en 17 tomos entre 1922 y 1934. Después, a partir de la Standard Edition de Strachey, pero traducidas directamente del alemán por José L. Etcheverry, se publican las obras completas de Freud entre 1978-1980 y 1996, ahora con una apropiada traducción de la palabra alemana *Trieb* como 'pulsión' y no como 'instinto' (la traducción de *Trieb* por *instinct* en la edición inglesa no ha sido suplantada hasta el presente).

FREUD SOBRE LA LITERATURA Y EL ARTE

Al comienzo de su estudio sobre el *Moisés de Miguel Ángel* (1914) escribe Freud: «Declaro desde el comienzo que no soy conocedor de arte, sino un profano. He observado con frecuencia que el contenido de una obra de arte me atrae más que sus cualidades formales o de técnica, a las cuales, en cambio, el artista otorga un valor principal.»

El delirio y los sueños en la Gradiva de Jensen (1906) es el comentario más extenso de Freud de un texto literario. En su *Autobiografía* califica el texto de Jensen como "una novelita que en sí misma no tiene gran valor". C. G. Jung había sugerido a Freud aplicar a esta "novelita", que contenía interesantes descripciones de sueños, el método que Freud había desarrollado en *La interpretación de los sueños*.

En el campo de la ciencia, Freud reclama para el psicoanálisis su novedad radical y no quiere deber nada a posibles antecesores, pero frente a la literatura de muestras de una humildad desconcertante; no pierde nunca ocasión de tributar homenaje a los escritores cuyas intuiciones precedieron sus teorías psicoanalíticas.

«Los poetas y los novelistas son aliados preciosos del científico, y su testimonio debe estimarse muy alto, porque ellos conocen entre el cielo y la tierra muchas cosas que nuestra sabiduría escolar no podría todavía soñar.»

Lo que Freud aprecia en los que él llama “buenos autores” es el conocimiento de la vida, los caracteres y las situaciones que los mueven a actuar, su verdad psicológica. Freud pertenece a la generación naturalista, la de la colaboración del psicólogo con el escritor. Estima que la literatura y la psicología, aunque por vías diferentes, se pueden enriquecer mutuamente, ya que indagan sobre el hombre, sobre la condición humana. El novelista sirve de garantía y de verificación para el investigador de la psique humana. Las coincidencias entre la novela de Jensen y el psicoanálisis de Freud las justifica Freud en los siguientes términos:

«Nosotros nos abrevábamos de la misma fuente, amasábamos la misma pasta, cada uno con sus propios métodos, y la conformidad de los resultados parece testimoniar que ambos hemos trabajado bien. Nuestro procedimiento consiste en la observación consciente de los procesos psíquicos anormales que se dan en otra persona, para poderlos adivinar y enunciar sus leyes. El novelista lo hace, es verdad, de otra manera: concentra su atención en el inconsciente de su propia alma, presta oído a todas sus virtualidades, en vez de reprimirlas mediante la crítica consciente. De esta manera, aprende por su propio interior lo que nosotros aprendemos por medio de otros: cuáles son las leyes que rigen la vida del inconsciente, pero él no necesita expresarlas, ni siquiera percibir las claramente; gracias a la tolerancia de su inteligencia, son incorporadas en sus creaciones.»

En *Estudios sobre la histeria*, aparece la noción de “catarsis”, tomada de la *Poética* de Aristóteles. “Catarsis”, significaba para los griegos la purificación de las pasiones del ánimo mediante las emociones que provoca la contemplación de una situación trágica. Según Aristóteles, la catarsis “purifica al espectador de las pasiones representadas en el escenario”. Para Freud, catarsis significa liberación o eliminación de los recuerdos que alteran la mente o el equilibrio nervioso.

En trabajos sobre el arte (*Un recuerdo infantil de Leonardo De Vinci*, 1910, *Un recuerdo de infancia de Goethe*, 1917), Freud intenta reconstruir la génesis de las obras de arte buscando en la biografía del creador recuerdos y fantasías, manifestadas inconscientemente o de manera deformada en la obra de arte. Era la época en la que la reflexión sobre la literatura y el arte comenzaba a superar el espíritu positivista. En 1906, el filósofo Wilhelm Dilthey publica su recopilación *Vivencia y poesía* en la que propone interpretar como un todo las obras de los escritores y captar su “Weltanschauung”, si forma de captar el mundo.

Pero Freud admite que no se puede aplicar la interpretación analítica a una obra de creación, que no se puede establecer una relación psicoanalítica viviente entre un texto y su intérprete, ya que el autor no se encuentra en el diván asociando libremente. Por lo que es normal que un autor rechace las interpretaciones que el analista le propone.

«No se comprenden las obras y sus relaciones a partir de la vida de un autor, pero el estudio de las obras permite deducir hipotéticamente cierto número de elementos sobre la vida. Inversamente, cuando esta se conoce, puede confirmar el estudio del texto.» [Sarah Kofman]

Freud lo repite claramente: lo que él llama el "genio creador" no puede explicarse mediante los recursos del psicoanálisis. Como dice en su estudio sobre Dostoievski de 1928: «El psicoanálisis, lamentablemente, debe rendir las armas ante el problema que constituye la creación literaria.»

«Para Freud, la obra literaria permite al creador realizar un deseo inconsciente, aplicando los mismos mecanismos del sueño y de la ensoñación diurna. El placer del texto tiene para el lector la misma fuente que para el creador. Placer de escribir y placer de leer se confunden. La literatura es un juego. El creador juega como un niño, y su lector se deja arrastrar al mismo juego. Pero todos los jugadores (el escritor y su público) son en realidad burlados por el juego del deseo. Este es el que los tiene bajo su encantamiento.» [Roland Jaccard: *Historia del psicoanálisis*, Barcelona, 1984, p. 64-65]

En las 100 páginas iniciales de *La interpretación de los sueños* (1899), Freud revisó con todo detalle la literatura científica sobre los procesos oníricos tratando de encontrar respuestas a su pregunta por el sentido de los sueños, informó sobre las aportaciones del arte a esta cuestión y concluyó que la literatura se limitaba a describir fenómenos sin dar respuesta a la pregunta por el sentido. Así se dio cuenta claramente que era necesaria otra elaboración de saber para entender las determinaciones inconscientes del sueño o del síntoma. Propuso entonces un nuevo método de interpretación, cercano a la interpretación vulgar y a la mántica de los antiguos, pero que se diferencia de ellas en un punto decisivo: "defiere al soñante el trabajo de la interpretación" [deferir: Dar una persona parte de su jurisdicción o poder a otra].

FREUD Y SU INTERÉS CIENTÍFICO

Freud llegó a confesar al psiquiatra y psicoanalista Abraham Kardiner, quien conoció a Freud en Viena en 1921:

«Para decirlo claramente, los problemas terapéuticos no me interesan demasiado. Actualmente estoy demasiado impaciente. Padezco de una serie de deficiencias que me impiden ser un gran analista. Entre otras, la de que soy excesivamente padre. En segundo lugar, me ocupo todo el tiempo de teoría, me ocupo demasiado de ella, de suerte que las ocasiones que se presentan me sirven más para trabajar mi propia teoría que para prestar atención a las cuestiones de terapia. En tercer lugar, no tengo la paciencia

de retener a las personas mucho tiempo. Me canso de ellas, y prefiero extender mis influencias.»

«Si bien Freud no consideraba fundamental el punto de vista terapéutico, en cambio siempre se preocupó de preservar intacta su identidad de científico. Ello se debe a que, a fines del siglo XIX, el cientificismo tenía un valor muy alto en la bolsa de valores culturales. Era, pues, natural que el joven Freud buscara la gloria por los caminos de la ciencia, y no tanto por los de la literatura o la filosofía.» [Jaccard: o.c., p. 12]

A pesar de sus ambiciones científicas y su afán de ser reconocido por la medicina oficial, Freud tenía en gran estima las humanidades, sobre todo la literatura, ya sea la tragedia griega, ya sea el teatro de William Shakespeare. Es interesante que el único premio que Freud recibió en vida fue precisamente un premio literario: el premio Goethe de la ciudad de Frankfurt, por intervención activa de Thomas Mann, quien en 1929 había recibido el premio Nobel de literatura por *La montaña mágica*. El premio Goethe es el más importante reconocimiento a los escritores de lengua alemana.

La justificación dada por la ciudad de Fráncfort para otorgarle a Freud en 1930 el premio Goethe, el más prestigioso premio que se otorga en Alemania por realizaciones intelectuales dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«Con el método estricto de las ciencias de la naturaleza, y al mismo tiempo interpretando con osadía los símiles acuñados por los creadores literarios, Sigmund Freud ha abierto el acceso a las fuerzas impulsoras del alma, y así hizo posible reconocer la emergencia y construcción de formas culturales y de curar algunas de sus dolencias. El psicoanálisis no sólo conmovió y enriqueció la ciencia médica, sino también el mundo mental del artista y del sacerdote, del historiador y del educador.»

A pesar de su pasión por la literatura, su facilidad para escribir y describir casos y su afinidad con las obras literarias, Freud, por su formación científica y por su ansia de ser reconocido por la ciencia oficial, siguió siempre fiel al pensamiento científico de su tiempo. Se desmarcaba siempre del pensamiento filosófico en muchos aspectos, priorizando siempre la observación rigurosa de lo singular

El psicoanálisis se define por la pretensión de fundarse sobre el saber que deriva de su "práctica médica" y en ningún otro lugar.

«Es imposible no sentirse extraño por el deseo de Freud de integrarse, de hacerse admitir por la burguesía médica y universitaria de su época. No solo se mantuvo siempre apartado de "bohemia vienesa", sino que, aun teniendo plena conciencia de sus dotes de escritor, nunca reconoció más que una instancia: la ciencia. Pero la ciencia, a comienzos del siglo XX, era la física y la química. Esta exigencia de Freud, lo mismo que su voluntad de participar del prestigio del rol de médico, no dejó de acarrear numerosas consecuencias lamentables para el desarrollo de la disciplina,

fundamentalmente moral y psicológica, que es el psicoanálisis.» [Jaccard: o.c., p. 134]

CONTEXTO CIENTÍFICO DE LAS IDEAS DE SIGMUND FREUD

El joven Freud vivió en Viena, una ciudad con una vida cultural y científica de incomparable intensidad y en la época de mayores realizaciones científicas que hasta entonces conoció la humanidad.

Hermann Von Helmholtz había desarrollado su teoría sobre la conservación de la energía (1847); Charles Darwin, su teoría sobre el origen y evolución de las especies (1859); Gustav Fechner, su tesis de que se podía estudiar científicamente la mente humana (1860). En Viena, la ciencia gozaba de gran prestigio y la aspiración de todo joven era ser científico.

En 1927, Freud recordaba su juventud: «En mi juventud se apoderó de mí la omnipotente necesidad de comprender algo acerca de los enigmas del mundo en que vivimos, y de contribuir quizá con algo a su solución.» La influencia de Von Brücke le llegó a la Fisiología, que entonces era más bien Histología. La psicología dinámica propuesta por Freud es el equivalente psicológico de la fisiología dinámica propuesta anteriormente por Brücke.

Hermann Von Helmholtz había organizado un grupo de notables fisiólogos: Emil Du Bois-Reymond, Ernst Von Brücke y Wilhelm Wundt. Su objetivo era desterrar de la Fisiología toda huella de vitalismo y explicar todos los fenómenos fisiológicos en términos de principios físico-químicos.

Wilhelm Wundt, asistente de Helmholtz en Berlín, fundó en 1879 un laboratorio en la Universidad de Leipzig para el estudio experimental de la mente humana a través del método de la introspección analítica. El objeto de la psicología quedaba comprendido en el estudio científico de la mente humana, pero reducida a la experiencia consciente.

Por sugerencia de Brücke Freud renunció a emprender una carrera teórica y pasó de la histología del sistema nervioso a la neuropatología. Tras conseguir un puesto como profesor universitario de neuropatología, solicitó una beca de estudio para seguir su formación en el Hospital General La Salpetriere en París desde el otoño de 1885 hasta finales de febrero de 1886, allí asistió a las clases y demostraciones de Jean Martin Charcot, el entonces más famoso neuropatólogo del mundo. La experiencia en París despertó en Freud el interés por el estudio de la mente humana. A Freud no le interesaba la psicología experimental propuesta por Wilhelm Wundt, que se reducía a la consciencia, sino más bien a lo que Wundt designaba como "segunda psicología", la psicología que se hacía fuera del laboratorio experimental. Wundt identificaba la mente con la consciencia, mientras que Freud rechazaba reducir todo lo psíquico solamente a lo consciente. Si se quiere investigar la mente humana no se puede empezar afirmando que solo se puede conocer lo psíquico por la consciencia. Para Freud esto significaba una petición de principio:

«Pero podemos afirmar que la equiparación de lo psíquico con lo consciente es por completo inadecuada. Destruye las continuidades psíquicas, nos sume en las insolubles dificultades del paralelismo psicofísico, sucumbe al reproche de exagerar sin fundamento alguno la misión de la consciencia y nos obliga a abandonar prematuramente el terreno de la investigación psicológica, sin ofrecernos compensación alguna en otros sectores.» (Freud, 1915).

Freud reconoció más tarde que fue el filósofo alemán, Theodor Lipps, quien vio con la mayor claridad que lo psíquico es en sí mismo inconsciente y que lo inconsciente es lo verdaderamente psíquico.

«El concepto del inconsciente ha estado desde hace tiempo llamando a las puertas de la psicología para que se le permitiera la entrada. La filosofía y la literatura han jugado con frecuencia con él, pero la ciencia no encontró cómo usarlo. El psicoanálisis ha aceptado el concepto, lo ha tomado en serio y le ha dado un contenido nuevo. Con sus investigaciones ha llegado a un conocimiento de las características de lo psíquico inconsciente que hasta ahora eran insospechadas y ha descubierto algunas de las leyes que lo gobiernan. (Freud, 1940).

En los últimos años del siglo XIX, desapareció la generación de los grandes fisiólogos y físicos del siglo: Fechner (1887), Brücke (1892), Helmholtz (1894), Du Bois-Reymond (1896).

En el discurso epistemológico que se construyó en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, tuvo un papel determinante el físico y filósofo Ernst Mach (1838-1916). Mach se puso como objetivo lograr una teoría física que se pudiera ampliar a la psicología. Basándose en las ideas de Kant, Herbart y Fechner, redujo el universo a un complejo de sensaciones que posibilitaba una continuidad psicofísica. La ciencia se convertía en una crítica de la experiencia ("empiriocriticismo"). Mach fue el primer profesor de filosofía de la ciencia en el mundo y en 1895 se le asignó la recién creada cátedra de Filosofía de las Ciencias Inductivas de la Universidad de Viena. Mach consideraba que el ideal de la psicología debería ser el convertirse en una ciencia puramente fisiológica. Existe una correspondencia entre el determinismo de lo físico y fisiológico en Mach y el determinismo del inconsciente de Freud.

GUSTAV THEODOR FECHNER

Gustav Theodor Fechner (1801-1887) fue un filósofo y psicólogo conocido por formular, en 1860, una ecuación para cuantificar la relación entre un estímulo físico y la sensación asociada: $S = c * \log R$, donde S es el valor de la sensación, R es uno de los estímulos, y c una constante que varía de estímulo a estímulo. Esta ecuación se conocería como ley de Weber-Fechner.

El trabajo de Fechner que hizo época fue su *Elemente der Psychophysik* (Elementos de Psicofísica, 1860). Partiendo de las bases filosóficas del monismo pensó que los hechos corporales y los hechos conscientes, aunque unos no pueden reducirse a los otros, son diferentes caras de una misma realidad. Su originalidad radica en tratar de descubrir una relación

matemática exacta entre ellos. El más famoso resultado de sus investigaciones es la ley conocida como la Ley de Weber-Fechner.

Weber estableció su ley de la sensación (o Ley de Weber) en la que formulaba la relación matemática que existía entre la intensidad de un estímulo y la sensación producida por este, que se puede expresar de la siguiente manera: Para que la intensidad de una sensación pueda aumentar en progresión aritmética, el estímulo debe aumentar en progresión geométrica.

Estos y otros descubrimientos llevaron a la convicción de que todos los actos humanos se podían explicar mediante principios físico-químicos, lo que permitió considerar a la psicología, y más particularmente a la psicofísica, como probables ciencias incipientes.

El razonamiento de Fechner ha sido criticado con el argumento de que, si bien los estímulos son compuestos, las sensaciones no lo son. "Toda sensación", dice William James, "se presenta como una unidad indivisible, y es casi imposible leer un significado claro en la idea de que sean cúmulos de unidades combinadas."

Freud mismo confiesa haber estado influido por las ideas del filósofo y psicólogo Gustav Theodor Fechner conocido por formular, en 1860, una ecuación para cuantificar la relación entre un estímulo físico y la sensación asociada. Partiendo de las bases filosóficas del monismo, Fechner pensó que los hechos corporales y los hechos conscientes, aunque unos no pueden reducirse a los otros, son diferentes caras de una misma realidad. Su originalidad radica en tratar de descubrir una relación matemática exacta entre ellos.

ERNST WILHELM RITTER VON BRÜCKE

Ernst Wilhelm Ritter von Brücke (1819-1892) fue un médico y fisiólogo alemán, más conocido por su influencia sobre Sigmund Freud, uno de sus estudiantes de medicina. Considerado el fundador de la Fisiología en Austria, a través de él y sus alumnos se realizó la unión de la medicina de laboratorio alemana con la medicina hospitalaria vienesa.

En 1874, Brücke publicó su libro *Lecciones de Fisiología*, donde exponía la opinión radical de que el organismo vivo es un sistema dinámico al que se aplican las leyes de la física y la química. Freud sentía un gran respeto y admiración por Brücke y muy pronto aceptó la doctrina de esa nueva fisiología dinámica; poco tiempo después pasó a trabajar como ayudante en el Laboratorio de Fisiología.

Después de haber sido iniciado en el darwinismo por los cursos de Karl Klaus, Sigmund Freud pasó seis años (entre 1876 y 1882) estudiando fisiología en el laboratorio de Brücke. Consideraba a ese gran médico como su maestro venerado, una "figura paterna", dirán los biógrafos. Freud fue el encargado de examinar la biología del tejido nervioso, comparando específicamente el cerebro de los seres humanos y otros vertebrados a la de

invertebrados. Las enseñanzas de Brücke influyeron en la obra de Freud, específicamente la idea de que todos los seres vivos son dinámicos y deben someterse a las leyes de la química y la física.

Brücke era un positivista, condenaba las ideas del panteísmo, toda la naturaleza mística y toda teoría de las fuerzas divinas ocultas que se manifiestan en el mundo real. Estas supersticiones contrastaban directamente con sus principios del positivismo y sus puntos de vista más materialistas del mundo. Brücke, junto con Hermann von Helmholtz, combatió la teoría filosófica popular de la época: el vitalismo. El vitalismo es la idea de que los seres vivos sólo son diferentes de los objetos inanimados, ya que contienen una "chispa vital", que algunos creían que el alma. Según Brücke y Helmholtz, sólo las funciones físico-químicas son las responsables de la vida de un organismo. Estos dos investigadores se adhirieron a una nueva corriente científica: el naturalismo, la idea de que, en el mundo operan solo las fuerzas y leyes naturales (en oposición a sobrenaturales o espirituales). Las leyes naturales son las reglas que gobiernan la estructura y el comportamiento del universo natural, el cambio en cada etapa es un producto de estas leyes. La naturaleza está mejor explicada por referencia a principios materiales: la masa, la energía, y otras propiedades físicas y químicas aceptadas por la comunidad científica.

Fue en el instituto de Brücke donde Sigmund Freud conoció a Ernst von Flieschl-Marxow y a Josef Breuer, y fue al contacto con este médico positivista como se desprendió definitivamente de la Filosofía, sobre todo de la enseñanza de Franz Brentano, para orientarse hacia una concepción a la vez darwinista y helmholtziana de la Psicología, a la cual añadió el modelo herbartiano.

HERMANN LUDWIG FERDINAND VON HELMHOLTZ

Hermann Ludwig Ferdinand von Helmholtz (1821-1894) fue un médico y físico alemán. Descubrió el principio de conservación de la energía mientras estudiaba el metabolismo de los músculos.

Helmholtz rechazó el vitalismo de su maestro Müller y se interesó por clarificar las bases fisiológicas del calor animal, un fenómeno utilizado muchas veces para justificar el vitalismo. Esto le condujo en 1847 a escribir un famoso artículo sobre la conservación de la energía. Intentó demostrar que el movimiento muscular supone un intercambio mecánico de energía, y que por lo tanto no era necesaria ninguna fuerza vital para explicarlo. Este descubrimiento supuso el rechazo del paradigma filosófico dominante hasta entonces en la fisiología alemana, fruto de una larga tradición especulativa.

Postuló una relación entre la mecánica, el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo, tratándolos como distintas manifestaciones de una sola fuerza (energía de acuerdo con la nomenclatura moderna). En las décadas de 1850 y 1860, las publicaciones de William Thomson, Helmholtz y William Rankine popularizaron la idea de la muerte térmica del universo.

Helmholtz, en su temprano rechazo de la filosofía natural, había destacado la importancia del materialismo y se centraba más en la unidad de la "mente" y del cuerpo.

Helmholtz midió la velocidad de transmisión de los impulsos nerviosos. En aquella época, se pensaba que las señales nerviosas viajaban a lo largo de los nervios a una velocidad enormemente rápida.

En la mecánica analítica aplicó a la electrodinámica el principio de la mínima acción lo que le llevó a la formulación de una nueva teoría del electromagnetismo más completa que la de James Maxwell. Aunque él mismo no alcanzó la celebridad por estas contribuciones a la ciencia, su discípulo Heinrich Rudolf Hertz se hizo famoso por ser el primero en mostrar la radiación electromagnética. Otro de sus alumnos fue Max Planck.

A su muerte, la explicación del mundo físico en términos de la mecánica clásica estaba ya casi agotada. La revolución producida en la física por el descubrimiento de los rayos X y la radiactividad, así como el desarrollo de la teoría de la relatividad, no tardaron en relegar al olvido los considerables adelantos logrados por Helmholtz.

EMIL DU BOIS-REYMOND

Emil du Bois-Reymond (1818–1896), médico y fisiólogo alemán, descubrió el potencial de acción nervioso y desarrolló la electrofisiología experimental.

Según Du Bois-Reymond, un tejido viviente, como por ejemplo un músculo, podría ser considerado como compuesto de un número de "moléculas eléctricas", y que el comportamiento eléctrico del músculo era el resultado del comportamiento de estas moléculas inherentemente eléctricas. Ahora sabemos que estas son sodio, potasio y otros iones, cuyos gradientes son responsables de mantener los potenciales de membrana en las células excitables.

Dio discursos ocasionales, tratando temas generales y varios problemas de filosofía. En 1880 Du Bois-Reymond pronunció un conocido discurso ante la Academia Ciencias de Berlín definiendo siete "enigmas del mundo" que consideraba "trascendentales", algunos de los cuales, declaró, ni la ciencia ni la filosofía podrían nunca explicar: La naturaleza última de la materia y la fuerza; el origen del movimiento; el origen de la vida; la "organización aparentemente teleológica de naturaleza", que no tenía por un "enigma absolutamente trascendental"; el origen de las sensaciones simples (consciencia), "una cuestión bastante trascendental"; el origen del pensamiento inteligente y el lenguaje, que podría ser sabido si el origen de las sensaciones simples pudiera conocerse, y la cuestión del libre albedrío.

A la pregunta de cuál es la naturaleza última de la materia y de la fuerza, cuál es el origen de la vida y cuál es el origen de las sensaciones simples conscientes, declaró rotundamente que la ciencia nunca podrá encontrar una respuesta, es algo que no sabemos y nunca llegaremos a saber: "ignoramus et ignorabimus".

ERNST MACH

Ernst Mach (1838-1916), físico y filósofo positivista austríaco, realizó importantes descubrimientos en los campos de la óptica, la acústica y la termodinámica. Rebató en parte la mecánica newtoniana y en particular el concepto de espacio absoluto. Einstein reformuló en parte las ideas de Mach acuñando el término de Principio de Mach ("la masa inercial no es una característica intrínseca de un móvil, sino una medida de su acoplamiento con el resto del universo"). Este principio implica que la existencia de fuerzas inerciales depende de la existencia de otros cuerpos con los que interactuar. Pero más tarde se dio cuenta de que las ideas de Mach sobre las sensaciones, su empirismo, poco tenía que ver con el trabajo de la física.

Como filósofo, Mach rechazó de forma contundente toda metafísica y religión convirtiéndose por ello en uno de los representantes más destacados del positivismo renovado de inicios del siglo XX. Sostuvo que para la ciencia no hay declaración admisible a menos que ella sea empíricamente comprobable.

Con Richard Avenarius creó la corriente denominada empiriocriticismo o crítica de la experiencia. Ambos se propusieron "limpiar" la concepción de la experiencia de los conceptos de materia (substancia), necesidad y causalidad, que concibieron como apercepciones apriorísticas (conceptos intelectivos). Consideraron que la ley fundamental del conocimiento es la economía del pensar.

Mantuvieron ambos una representación del mundo como conjunto de elementos - sensaciones; pues para Mach habría un acuerdo entre instinto, sensación y concepto. Sostuvieron la teoría de la coordinación de principio, es decir, de la conexión indisoluble entre sujeto y objeto: "Las ciencias naturales todas pueden únicamente presentar complejos de los elementos que llamamos ordinariamente sensaciones. Se trata de las relaciones existentes entre estos elementos. La relación entre A (calor) y B (llama) pertenece a la física; la relación entre A y N (nervios) pertenece a la fisiología. Ni una ni otra de estas relaciones existe separadamente; ambas existen juntas". En ese sentido, puede verse en Mach un caso significativo del impresionismo vienés que dominó en muchas figuras del pensamiento austríaco; el "yo", con su punto de vista, resulta ilocalizable o atomizado.

El dogma positivista del Círculo de Viena: el lenguaje metafísico es absurdo. El conocimiento humano puede reconstruirse sobre la base de impresiones sensitivas elementales.

La RAE define el empiriocriticismo como "tendencia filosófica del siglo XIX que se centra en el análisis crítico de la sola experiencia prescindiendo de cualquier consideración metafísica".

Se trata de un idealismo subjetivo... que pretende llegar a una filosofía absolutamente científica mediante una epistemología que considera como ley fundamental del conocimiento la «economía del pensar», para hallar un concepto de «experiencia pura» limpio de todas las adherencias que se van

encontrando en el dato empírico constituidas por hechos de orden físico y psíquico, uniendo en un monismo indistinto la experiencia interna y la externa en el sistema nervioso central.

FREUD ENTRE EL PSICOANÁLISIS Y LAS CIENCIAS NATURALES

Freud defendió siempre el psicoanálisis como una ciencia natural. y pretendió que su Psicología acabase por ser una *biología*. Siempre creyó que sus construcciones teóricas *no tenían más que valor provisional*. Sobre su *metapsicología* no deja de expresarse con cierta ambivalencia. Freud pensaba que, el día que la neurofisiología hubiese progresado lo bastante para poder dar una explicación "fisiológica" de los problemas del hombre, ese día sus teorías ya no serían necesarias. A pesar de esta posición explícita de Freud, el estatus científico del psicoanálisis fue rechazado por cierta filosofía de la ciencia. Por otra parte, muchas escuelas postfreudianas han dejado de lado o descuidado la interpretación naturalista del psicoanálisis.

Según Freud el psicoanálisis no es otra cosa que la aplicación del método científico al estudio de la mente. Para justificar su convicción de que los métodos del psicoanálisis son en el fondo comparables a los que se emplean habitualmente en las ciencias naturales, en particular la física. Toda pretensión de objetividad se basa en supuestos subyacentes.

«Hemos adoptado la hipótesis de un aparato psíquico apropiadamente construido, desarrollado por las exigencias de la vida, el cual da origen a los fenómenos de la consciencia sólo en un punto particular y bajo determinadas condiciones. Esta hipótesis nos ha permitido poner a la psicología sobre fundamentos similares a los de cualquier otra ciencia, como, por ejemplo, la física. Esta, como aquella, persiguen el fin de revelar, tras las propiedades (cualidades) del objeto bajo investigación que se dan directamente a nuestra percepción, algo que sea más independiente de la receptividad selectiva de nuestros órganos sensoriales y que se aproxima más estrechamente a lo que pueda suponerse que es la realidad. No existe esperanza alguna de que seamos capaces de llegar hasta la realidad misma, pues todo lo nuevo que deducimos debe ser traducido al lenguaje de nuestras percepciones, del cual es sencillamente imposible liberarnos. Pero en esto reside la naturaleza y la limitación de la psicología. Es como si en la física declarásemos: Si pudiéramos ver con suficiente claridad, encontraríamos que los que en apariencia son objetos sólidos están constituidos por partículas de diferentes formas y tamaños, las cuales ocupan diferentes posiciones relativas. Así, nos esforzamos por aumentar la eficiencia de nuestros órganos sensoriales en la medida de lo posible mediante ayudas artificiales; pero tales esfuerzos fallarán en su propósito de afectar el resultado final. La realidad siempre permanecerá incognoscible. La elaboración intelectual de nuestras percepciones sensoriales primarias nos permite reconocer en el mundo exterior relaciones y dependencias que pueden ser reproducidas o reflejadas fielmente en el mundo interior de nuestro pensamiento, poniéndonos su conocimiento en condición de `comprender´ algo en el mundo exterior, de

preverlo y, posiblemente, modificarlo. Así procedemos también en psicoanálisis. Hemos descubierto recursos técnicos que permiten llenar las lagunas de nuestros fenómenos conscientes, y usamos esos recursos de la misma manera que los físicos usan el experimento. Por ese camino, dilucidamos una serie de procesos que en sí mismos son "incognoscibles" y los insertamos entre los procesos de los cuales somos conscientes. Y si, por ejemplo, decimos: "En este punto intervino un recuerdo inconsciente", lo que esto significa es: "En este punto ocurrió algo que somos totalmente incapaces de conceptualizar, pero que, si hubiera entrado en nuestra consciencia, sólo hubiera podido ser descrito así y no de otro modo". [Sigmund Freud: *Esquema del psicoanálisis*, obra póstuma e inacabada de en 1938 y publicada en alemán en 1940 con el título *Abriss der Psychoanalyse* en *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse-Imago*.»

«Uno se debate en este dilema: es desagradable abandonar la observación a cambio de unas estériles disputas teóricas, pero no es lícito sustraerse de un intento de clarificación. Por cierto, representaciones como las de libido y energía pulsional y otras semejantes no son aprehensibles con facilidad, ni su contenido es suficientemente rico; una teoría especulativa de las relaciones entre ellas pretendería obtener primero, en calidad de fundamento, un concepto circunscrito con nitidez. Sólo que a mi juicio esa es, precisamente, la diferencia entre una teoría especulativa y una ciencia construida sobre la interpretación de la empiria. Esta última no envidiará a la especulación el privilegio de una fundamentación tersa, incontrastable desde el punto de vista lógico; de buena gana se contentará con unos pensamientos básicos que se pierden en lo nebuloso y apenas se dejan concebir; espera aprehenderlos con mayor claridad en el curso de su desarrollo en cuanto ciencia y, llegado el caso, está dispuesta a cambiarlos por otros. Es que tales ideas no son el fundamento de la ciencia, sobre el cual descansarían todo; lo es, más bien, la sola observación. No son el cimiento sino el remate del edificio íntegro, y pueden sustituirse y desecharse sin perjuicio. En nuestros días vivimos idéntica situación en la física, cuyas intuiciones básicas sobre la materia, los centros de fuerzas, la atracción y conceptos parecidos están sujetos casi a tantos reparos como los correspondientes del psicoanálisis.» [Sigmund Freud: *Introducción del Narcisismo* (1914)]

«Muchas veces he oído sostener el reclamo de que una ciencia debe construirse sobre conceptos básicos claros y definidos con precisión. En realidad, ninguna, ni aun la más exacta, empieza con tales definiciones. El comienzo correcto de la actividad científica consiste más bien en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados e insertados en conexiones. Ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva. Y más insoslayables todavía son esas ideas - los posteriores conceptos básicos de la ciencia - en el ulterior tratamiento del material. Al principio deben comportar cierto grado de indeterminación; no puede pensarse en ceñir con claridad su contenido. Mientras se encuentran en ese estado, tenemos que ponernos de acuerdo acerca de su significado por la

remisión repetida al material empírico del que parecen extraídas, pero que, en realidad, les es sometido. En rigor, poseen entonces el carácter de convenciones, no obstante, lo cual es de interés extremo que no se las escoja al azar, sino que estén determinadas por relaciones significativas con el material empírico, relaciones que se cree colegir aun antes que se las pueda conocer y demostrar. Sólo después de haber explorado más a fondo el campo de fenómenos en cuestión, es posible aprehender con mayor exactitud también sus conceptos científicos básicos y afinarlos para que se vuelvan utilizables en un vasto ámbito, y para que, además, queden por completo exentos de contradicción. Entonces quizás haya llegado la hora de acuñarlos en definiciones. Pero el progreso del conocimiento no tolera rigidez alguna, tampoco en las definiciones. Como lo señala palmariamente el ejemplo de la física, también los 'conceptos básicos' fijados en definiciones experimentan un constante cambio de contenido.» [Sigmund Freud: *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915)]

«La pulsión es aprendida, en los términos más universales, como una suerte de elasticidad de lo vivo, como un esfuerzo por repetir una situación que había existido una vez y fue cancelada por una perturbación externa. Esta naturaleza de las pulsiones, conservadora en su esencia, es ilustrada por los fenómenos de la compulsión de repetición. La acción conjugada y contraria de Eros y pulsión de muerte nos da, a nuestro juicio, el cuadro de la vida. Está por verse si esta construcción demostrará ser utilizable.

Indudablemente, la guía el afán de fijar algunas de las representaciones teóricas más importantes del psicoanálisis, pero va mucho más allá de él. He oído repetidas veces la manifestación despreciativa de que no puede esperarse nada de una ciencia cuyos conceptos máximos son tan imprecisos como los de libido y pulsión en el psicoanálisis. Pero en la base de este reproche hay un completo desconocimiento de la situación real. Conceptos básicos claros y definiciones de nítidos contornos sólo son posibles en las ciencias del espíritu en la medida en que estas pretendan aprehender un campo de hechos en el marco de una formación intelectual de sistema. En las ciencias naturales, a las que pertenece la psicología, semejante claridad de los conceptos máximos huelga, y aun es imposible. Ni la zoología ni la botánica comenzaron con definiciones correctas y suficientes del animal y la planta, y la biología todavía hoy no sabe llenar el concepto de lo vivo con un contenido cierto. Más aún: ni siquiera la física habría realizado todo su desarrollo si hubiera debido esperar hasta que sus conceptos de materia, fuerza, gravitación y otros alcanzaran la claridad y la precisión deseables. Las representaciones básicas o conceptos máximos de las disciplinas de las ciencias naturales siempre se dejan indeterminados al comienzo, provisionalmente sólo se los ilustra por referencia al campo de fenómenos del que provienen, y no es sino mediante el progresivo análisis del material de observación como pueden volverse claros, llenarse de contenido y quedar exentos de contradicción.

Siempre sentí como grave injusticia que no se le quisiera dispensar al psicoanálisis el mismo trato que a cualquier otra ciencia natural. Ese rechazo

se expresó en las más pertinaces objeciones. Al psicoanálisis se le reprocha cada una de sus imperfecciones y lagunas, cuando en verdad una ciencia basada en la observación no puede hacer otra cosa que elaborar una por una sus conclusiones y resolver paso a paso sus problemas. Y todavía más: cuando nos empeñábamos en obtener para la función sexual el reconocimiento que por tanto tiempo se le había negado, la teoría psicoanalítica fue motejada de 'pansexualismo'; cuando pusimos de relieve el papel, omitido hasta entonces, de las impresiones accidentales de la primera juventud, debimos escuchar que el psicoanálisis desmentía los factores de la constitución y de la herencia, lo cual jamás se nos había ocurrido. Se trataba de contradecir a cualquier precio y por todos los medios.» [Sigmund Freud: *Presentación autobiográfica*. (1925)]

Ludwig Binswanger, durante algún tiempo discípulo de Freud, cita en su conferencia "Mi camino hacia Freud" (1957) la famosa respuesta que da Freud cuando Binswanger le envía su discurso *Freuds Auffassung des Menschen im Lichte der Anthropologie* y su trabajo *Freud und die Verfassung der klinischen Psychiatrie* (1936) con ocasión del 80 aniversario de Freud. En estos trabajos, el psiquiatra suizo expone que la fenomenología y la filosofía de Heidegger pueden dar la clave de los problemas psiquiátricos. Freud, tras elogiar estos trabajos, le replica las ya famosas palabras:

«No creo en lo que usted dice. Siempre me he movido en el piso bajo y en los subterráneos del edificio. Usted sostiene que, si cambiamos de punto de vista, se puede ver también un piso alto en el que se alojan huéspedes distinguidos tales como la religión, el arte y otras cosas. No es usted el único que piensa así; la mayoría de los ejemplares culturales del *homo natura* piensan lo mismo. Son conservadores; yo, revolucionario. Si tuviese ante mí toda una vida de trabajo me ocuparía de buscar alojamiento a estas altísimas personas en mi modesta choza. Para la religión ya lo he concretado, al descubrir un término "neurosis de la humanidad". Pero es probable que ambos estemos hablando lenguajes distintos y que nuestra discordia desaparezca dentro de unos siglos.» [citado por Rof Carballo: *Biología y psicoanálisis*. 1972, p. 47]

FREUD Y LA FILOSOFÍA

El psicoanálisis surge en la Viena convulsa del fin de siglo. Freud asiste a la crisis del racionalismo clásico que había iniciado Descartes, profundizado luego con la crítica kantiana, conmovido en sus fundamentos por Schopenhauer y desmontado por Nietzsche. Freud comienza sus investigaciones sobre la mente humana en el momento en el que está en crisis la modernidad, la crisis de la razón y la conciencia de sus límites. La Viena de fin de siglo, con su explosión cultural, celebra los adelantos del progreso. En esta Viena vanguardista, el psicoanálisis de Freud se ofrece como una respuesta a la crisis social de la modernidad ante el malestar de la cultura.

Entre todas las corrientes filosóficas y científicas de la época, Freud quiere mantener la autonomía de su descubrimiento. Quiere ser reconocido como creador solitario de una nueva teoría y desmiente toda filiación. En cuanto a su relación con la filosofía, Freud se muestra distanciado de aquello que en su juventud concibió como meta de su interés intelectual.

«El psicoanálisis es creación mía, yo fui durante diez años el único que se ocupó de él, y todo el disgusto que el nuevo fenómeno provocó en los contemporáneos se descargó sobre mi cabeza en forma de crítica.» [Freud, 1914]

La postura de Sigmund Freud con respecto a la filosofía fue un ir y venir de encuentros, pero sobre todo desencuentros.

Freud escribe en una carta a su colega y amigo Wilhelm Fliess:

«Veo que tú, por el rodeo de tu ser médico, alcanzas tu primer ideal, comprender a los hombres como fisiólogo, como yo nutro en lo más secreto la esperanza de llegar por ese mismo camino a mi meta inicial, la filosofía. Pues eso quise originalmente, cuando aún no tenía en claro para qué estaba en el mundo» [Carta del 1º de enero de 1896, en: Freud: *Cartas a Wilhelm Fliess* (1887-1904)]

En 1882, en una carta a su esposa, Martha Bernays, Freud escribe:

«La filosofía que a menudo me he figurado como la meta y el refugio de mi vejez, me atrae cada vez más.»

Pero más adelante encontramos un cambio radical en su valoración de la filosofía como "camino practicable". A partir de *La interpretación de los sueños* (*Die Traumdeutung*, 1900), Freud abandona radicalmente el objetivo de su vida de seguir desarrollándose dentro la filosofía.

«Bien vemos que todo el interés por un problema no basta si no se conoce un camino practicable que lleve a la solución. Hasta ahora no tenemos ese camino. La psicología experimental no nos ha aportado más que algunas indicaciones, muy estimables, sobre la importancia de los estímulos como incitadores del sueño. De la filosofía nada tenemos que esperar: de nuevo nos pondrá por delante, desdeñosamente, la inferioridad intelectual de nuestro objeto.» [Freud: *Conferencias de introducción al psicoanálisis*]

Freud comenzó estudiando medicina y especializándose en la investigación fisiológica. Luego pasó a la neuropatología y finalmente un estudio de la mente humana, pero diferente a la psicología experimental de Wilhelm Wundt que reducía la mente humana a la conciencia.

«De joven no ansiaba nada más que el conocimiento filosófico, y ahora estoy en camino de satisfacer ese anhelo al pasar de la medicina a la psicología» (Freud, 1896).

«El psicoanálisis es parte de la psicología; no de la psicología médica en el sentido antiguo, ni de la psicología de los procesos mórbidos, sino de la psicología a secas. No es por cierto toda la psicología, pero es su subestructura y quizás su base completa» (Freud, 1927).

En cuanto a la relación de la filosofía y la ciencia, Freud escribe:

«La filosofía no es algo opuesto a la ciencia, se comporta como una ciencia y trabaja en parte con los mismos métodos; sin embargo, se aparta de la ciencia cuando se aferra a la ilusión de que puede presentar una imagen del mundo coherente y sin lagunas, aunque destinada al colapso con cada nuevo avance en nuestro conocimiento. La filosofía se extravía en su método al sobrestimar el valor epistemológico de nuestras operaciones lógicas y al aceptar otras fuentes de conocimiento, tales como la intuición» (Freud, 1933).

Freud tuvo una relación conflictiva y ambivalente con la filosofía. Freud vio a toda filosofía con repugnancia. Ve en la filosofía un obstáculo para el conocimiento científico por su pretensión generalizante, en su visión global del mundo (*Weltanschauung*) y su presunción de saber absoluto. Freud confiesa haber evitado cuidadosamente acercarse a la filosofía propiamente dicha. «Los problemas filosóficos y sus formulaciones me son tan ajenos que no sé qué decir de ellos.»

Pero Freud no puede prescindir de una *teoría del conocimiento*, aunque sea de forma implícita. Si el psicoanálisis ha encontrado un objeto específico y si quiere desarrollar un saber sobre este objeto, una "ciencia", necesita desarrollar un sistema conceptual que explique su funcionamiento. A este cuerpo teórico Freud lo llamó "metapsicología" que extrae del material observado una conceptualización, una especulación en su relación con los datos observados.

Freud se refiere a sistemas filosóficos determinados: Platón, Kant, Schopenhauer, Nietzsche. En esta constelación, Schopenhauer y Nietzsche representan la tradición de las filosofías del instinto. Freud encuentra en Schopenhauer el filósofo precursor del mensaje del psicoanálisis y en Nietzsche una anticipación del principio fundamental de las pulsiones. De Nietzsche tomó Freud el término del "ello". En estas filosofías se encuentra una valorización del instinto como lo "auténtico", lo que da sentido: la voluntad de vivir en Schopenhauer y la voluntad de poder en Nietzsche. Son filosofías que establecen una relación entre la teoría del instinto y la psicología de los motivos morales.

Aunque muchas de sus ideas coinciden con las de Schopenhauer, Freud afirmaba haber leído a este filósofo "en una época muy avanzada de la vida" con el fin de sostener la independencia de su pensamiento. Según Freud los puntos de vista de Nietzsche "concordaban muy a menudo sorprendentemente con los resultados penosamente adquiridos por el psicoanálisis", de modo que evitaba su lectura para no dejarse influir por él.

Freud apreciaba abiertamente las ideas de Darwin y de Goethe, a quien cita muchas veces. Su doctrina psicoanalítica del inconsciente coincide con las ideas del filósofo y psicólogo alemán Theodor Lipps (1851–1914) con quien estuvo muy ligado y del que era ferviente admirador. Lipps era por entonces el principal partidario de la idea del subconsciente.

En el último tercio del siglo XX, una cierta idea de lo inconsciente ya circulaba por diferentes ámbitos del pensamiento europeo. En 1868 se publicaba *Philosophie des Unbewussten* (Filosofía del Inconsciente) de E. von Hartmann, una recopilación y un estudio de las ideas de diferentes filósofos y científicos alemanes, referentes a diversos aspectos de la mente inconsciente en el sentido post-cartesiano.

Law White encuentra en el siglo XVII antecedentes de la idea de inconsciente en poetas y místicos como Juan de la Cruz, dramaturgos como Shakespeare o filósofos y científicos como Leibniz, tal vez el primer pensador europeo en abordar más explícitamente la cuestión. Freud no podía desconocer esas ideas siendo como era un ávido lector de clásicos; pero su formación científica le impedía acercarse al pensamiento filosófico, siempre dio prioridad a la observación rigurosa de lo singular. Su concepción de lo inconsciente es radicalmente diferente de las nociones que le preceden y nace en la clínica de la aplicación de un método un método terapéutico.

El descubrimiento de los hechos llamados inconscientes le inspiró la hipótesis de que el inconsciente abarcaba casi toda la vida psíquica. Esta ampliación del ámbito psíquico era incompatible con el paralelismo cartesiano para el que solo el alma ve y entiende.

Freud era poco inclinado a buscar su inspiración en los filósofos, debido a su incapacidad constitucional: «He evitado cuidadosamente acercarme a la filosofía propiamente dicha. Una incapacidad constitucional me ha facilitado mucho esta abstención.»

«Pese a sus afirmaciones, se puede decir que Freud, a pesar de preocuparse ante todo por afirmar sus descubrimientos, fundándolos solamente en su experiencia, se inclinaba a filosofar; es decir, a seguir el desarrollo de las ideas nacidas de sus descubrimientos, hasta en el plano de los problemas humanos generales. Además, estuvo fuertemente influido por la filosofía kantiana.»

El punto esencial en el que Freud se separa rigurosamente de la filosofía de su época y de la psicología que esta produjo es en el del inconsciente. Desde el comienzo mismo de sus investigaciones, reprochó a "la mayor parte de los que poseen una cultura filosófica" el mostrarse incapaces de comprender que un hecho psíquico pueda no ser consciente. Rechazan esta idea, dice, como absurda y contraria a la simple lógica. Los filósofos, según su parecer, son víctimas de una especie de "idiosincrasia" (que los hace encogerse de hombros), a causa de carecer de experiencia sobre el material patológico. Habría podido decir también que esta adhesión a consciencia-conocimiento, desprovista de toda motivación animal, respondía a una tendencia espiritualista, inconfesada, y que la separación cuidadosa de un consciente personalizado y de un inconsciente pulsivo no era sino la prolongación del famoso dualismo teológico alma-cuerpo.» [A. Hesnard: *La obra de Freud*. México, 1972]

En la segunda mitad del siglo XX, el psicoanálisis fue redefinido no como ciencia natural, sino como hermenéutica práctica, lo que la acerca más a las

humanidades. Pero Freud no parte de un sistema filosófico para inspirarse, ni siquiera para criticarlo. Pero para explicar sus descubrimientos y observaciones clínicas y desarrollar una teoría etiológica de las afecciones psíquicas, para articular los enunciados que describan el objeto específico de la nueva ciencia psicoanalítica tiene que echar mano de conceptos y principios, tiene que promover una nueva discursividad, pero adoptando ciertos modelos explicativos o conceptuales. Es cierto que el objeto específico del psicoanálisis se define por su práctica; los conceptos explicativos no fundan la teoría, pero son su punto de partida.

«El psicoanálisis muestra ya desde un principio, una cierta tendencia a convertirse en "concepción del mundo" (*Weltanschauung*). Ello se debe a que, en el fondo, traduce una "nueva actitud" de la mente humana, una actitud radicalmente nueva hacia los hechos psíquicos, que consiste en una desconfianza sistemática hacia las *elaboraciones conscientes* de la inteligencia, las cuales, tras una construcción de aparente fuerza lógica y discursiva, pueden estar nutridas por tensiones profundas, emocionales, que alimentan esa estructura lógica y la sostienen. Así, tras todo sistema filosófico o religioso, independientemente de su verdad aparente o real, hay motivaciones subconscientes que han dirigido su construcción y que, en realidad, tarde o temprano, deberán ser estudiadas por los críticos. Por ejemplo, en Platón vemos cómo las grandes ideas platónicas guardan oculta conexión con los problemas personales, emocionales, del hombre Platón, en la escasa medida en que estos problemas pueden ser inferidos de la investigación histórica. Lo mismo cabe decir de Kant, de Spinoza o de Kierkegaard.

El psicoanálisis es, ante todo, una *interpretación* (Deutung), un ejercicio de desciframiento, una hermenéutica que se practica sobre los contenidos del subconsciente: sueños, actos fallidos, síntomas y fenómenos neuróticos, etc.

Paul Ricoeur (1913-2005) sitúa, en virtud de ello, al psicoanálisis en el grupo de interpretaciones que *practican la sospecha* y que tiene, en el mundo moderno, tres maestros: Marx, Nietzsche y Freud. La aparente verdad, sometida a este *ejercicio de la sospecha*, se nos convierte en *mentira*. Dice Ricoeur:

«La filosofía formada en la escuela de Descartes sabe que las cosas son dudosas, que no son lo que aparentan; pero, en cambio, no pone en duda que la conciencia sea tal como se presenta a sí misma. Después de la duda sobre la cosa, hemos entrado en la duda sobre la conciencia.»

Después de Marx, de Nietzsche y de Freud, esto es lo que ponemos en duda. Estos tres grandes "destructores" son tres "grandes constructores", pues "despejan el horizonte para una palabra más auténtica, para un nuevo reino de la verdad. Si Descartes triunfa de la duda por la evidencia de la conciencia, estos tres *maestros de la sospecha* triunfan de la duda sobre la conciencia por una exégesis del sentido" (Ricoeur).» [Rof Carballo, Juan: "Psicoanálisis y religión", estudio introductorio a Albert Plé: *Freud y la religión*, Madrid: BAC, 1969, p. 4-6]

Sigmund Freud reveló al hombre moderno los móviles desconocidos de su acción, desmitificando así todas las filosofías de corte espiritualista.

«El psicoanálisis no puede pretender ser nunca una "teoría general del hombre". Este fue un objetivo inicial de Freud, pero que no llegó a realizarse. Mi idea personal es que, aunque el psicoanálisis es la teoría más amplia de que hoy disponemos sobre el hombre, no es una teoría general.» (Seymour L. Lustman, 1969)

Sigmund Freud le confesó a Lou Andreas-Salomé:

«Rara vez siento tal necesidad de síntesis. La unidad de este mundo se me presenta como algo obvio, que no merece ser mencionado. Lo que me interesa es la separación (*Scheidung*) y la organización (*Gliederung*) de lo que, de otro modo, se perdería en un magma original.»

La síntesis ya está dada en el mundo, de modo que lo importante es pasar de la *Scheidung* a la *Gliederung* mediante el análisis. La síntesis nunca puede servir de principio eurístico (del gr. εὐρίσκειν *heurískein* 'hallar', 'inventar').

Para Freud, nuestros órganos sensoriales jamás nos podrán dar lo que Immanuel Kant llamaba "la cosa en sí". Lo que la realidad es "en sí" siempre permanecerá incognoscible. En 1915, Freud pone de manifiesto su herencia kantiana:

«Del mismo modo que Kant nos invitó a no desatender la condicionalidad subjetiva de nuestra percepción y a no considerar nuestra percepción idéntica a lo percibido incognoscible, nos invita el psicoanálisis a no confundir la percepción de la consciencia con los procesos psíquicos inconscientes objetos de la misma. Tampoco lo psíquico, tal como lo físico, necesita ser en realidad tal como lo percibimos. Pero hemos de esperar que la rectificación de la percepción interna no oponga tan grandes dificultades como la de la externa y que los objetos interiores sean menos incognoscibles que el mundo exterior» (Freud, 1915).

La fuente de este agnosticismo freudiano no es solo Kant, sino el antiguo compañero de Ernst Brücke, Emil Du Bois-Reymond y su célebre discurso de 1872 en el *Congreso de los naturalistas* de Leipzig en el que declara que nunca podremos saber cuál es el principio común de la fuerza y de la materia: "Ignoramus, ignorabimus", "no lo sabemos ni lo llegaremos a saber". Este discurso, que esboza los límites del conocimiento humano siguiendo la filosofía de Kant, se convirtió entonces en un clásico.

Los médicos en la época de Freud no estaban preparados para valorar lo psíquico y lo mental, habían sido formados en la investigación exclusiva de los factores anatómicos, físicos y químicos. Se les había enseñado que los hechos psíquicos no podían ser sometidos a una investigación científica exacta y que las abstracciones de los psicólogos y de los filósofos pertenecían más a la fantasía que al conocimiento científico. Por otra parte, en opinión de Freud, los filósofos rechazaban el psicoanálisis porque no se basaba en el postulado fundamental que identificaba lo psíquico con lo

consciente. Un acto psíquico inconsciente era para ellos una “contradictio in adjecto”.

«Así, el psicoanálisis sólo saca desventajas de su posición intermedia entre la medicina y la filosofía. El médico lo considera como un sistema especulativo y se niega a creer que, como cualquier otra ciencia de la Naturaleza, se base en una paciente y afanosa elaboración de hechos procedentes del mundo perceptivo; el filósofo, que lo mide con la vara de sus propios sistemas artificiosamente edificados, considera que parte de premisas inaceptables y le achaca el que sus conceptos principales -aún en pleno desarrollo- carezcan de claridad y precisión» (Freud, 1925).

JOHANN FRIEDRICH HERBART

Johann Friedrich Herbart (1776-1841) fue un filósofo, psicólogo y pedagogo alemán que tuvo una influencia muy temprana en el joven Sigmund Freud. Herbart fue discípulo de Fichte y en 1808 hereda la cátedra de filosofía de Kant en Königsberg.

Ya en 1911, una psicóloga polaca estudió la importancia de la doctrina dinámica de Herbart en la génesis del pensamiento Freudiano. Más tarde, otros autores demostraron que Freud había sido marcado por las ideas de Herbart a partir de la enseñanza de su maestro Theodor Meynert. Más tarde, Siegfried Bernfeld puso de manifiesto la importancia que había tenido para el joven Freud la lectura del manual de Lindner titulado *Lehrbuch der Psychologie von Standpunkte des Realismus und nach genetischer Methode*, publicado en 1875. Finalmente, Ernest Jones y Ola Andersson estudiaron de manera más sistemática el lugar del herbartismo en la doctrina freudiana.

Esta influencia es procesada mediante su profesor, Fichte, quien fundamentalmente se dedicó a investigar la relación existente entre el Yo y el No-Yo. La dinámica representacional de Herbart se fundamenta, directamente, en las leyes de la metafísica del Yo.

Fichte había definido el yo como un sujeto trascendental que se ponía a sí mismo para sí mismo. Este yo era infinito y, para realizarse, necesitaba un no-yo. Según Fichte, este drama de la relación del yo con el no-yo caracterizaba la identidad del sujeto moderno, siempre obligado a afirmar su realidad mediante una actividad. A partir de esta concepción del yo, Herbart desarrolló una doctrina completa en torno a las nociones de representación, pulsión y represión. Herbart divide el yo postkantiano en múltiples átomos del alma, representaciones reprimidas por debajo del umbral de la conciencia y que luchan entre sí para invadirla. Con esta teoría, Herbart describía todas las modalidades del inconsciente dinámico en el que se inspiraría Sigmund Freud en la elaboración de su primera tópica.

La psicología alemana del siglo XIX, apoyada en el modelo de J. Herbart, ejercerá influencia en Freud en lo relativo a la concepción de la represión para construir su futuro modelo de aparato psíquico. El concepto de defensa en Freud tiene sus raíces e influencias más lejanas en Johann Friedrich Herbart. El objetivo de Herbart era fundar una psicología como ciencia

“sobre la base de la experiencia, la metafísica y la matemática”. La psicología empirista alemana del siglo XIX arranca de la obra de Herbart.

El tema de la represión también fue tratado por Herbart, quien vincula el tema a la presencia de los procesos anímicos que tienen relativamente poco acceso a la conciencia. Hay una clara influencia de Johann Friedrich Herbart en la concepción freudiana de la represión.

Pero, a decir verdad, Freud nunca mencionó a Herbart a lo largo de toda su obra. Según Ernst Jones el contacto que Freud tuvo con la teoría de Herbart fue anterior a su concepción del aparato psíquico. En el último año del joven Freud se utilizaban los manuales de Adolf Lindner (1858), un discípulo de Herbart. El manual con que Freud estudiaba postulaba que “la psicología construye el espíritu con representaciones, como la fisiología construye el cuerpo con fibras”. Más tarde, Freud tuvo conocimiento de los postulados de Herbart a través de su profesor Meynert, su más allegado profesor de psiquiatría. La teoría de Meynert sobre las proyecciones se basaba literalmente en los principios herbartianos.

Herbart parte de Leibniz y llega a Freud, pasando por Kant, cuyas obras más importantes fueron publicadas en la primera década del siglo XIX. Herbart entendía la representación (*Vorstellung*) como un elemento constitutivo y fundamental de la vida anímica. La representación era como una mónada de Leibniz, dotada de una fuerza activa cuyo objetivo es la autoconservación. Pero no todas las mónadas buscan la conservación cuando se confrontan con las demás representaciones. En este enfrentamiento, una parte de la representación puede quedar reprimida y permanecer inconsciente.

Hay que hablar también de influencias metapsicológicas herbartianas en Freud. Herbart concibe el alma como una sustancia simple que busca la conservación en cada uno de sus actos. El átomo de la psiquis es la representación.

Herbart defiende que una representación se efectúa mediante otra representación, estableciendo así un conflicto que tiende a ocultar la antigua representación. De esa manera, el conflicto entre representaciones era para Herbart el principio fundamental del dinamismo psíquico, postulado que ejercerá una fuerte influencia en Freud. Para Herbart la vida psíquica está constituida por una serie de representaciones, cada nueva representación se asemeja a la representación anterior inhibida o difuminada. Según Assoun, el asociacionismo freudiano se nutre de las ideas de Herbart.

Para Herbart hay una energía natural y constante, que empuja a todas las representaciones para que se liberen de la tiranía de la represión (*Verdrängung*) que las mantiene fuera de la conciencia.

Es notable la semejanza que hay entre la teoría freudiana y los conceptos del filósofo Herbart, especialmente si nos dedicamos a investigar las influencias epistemológicas en las ideas de Freud, así como lo relacionado con el aparato psíquico y, especialmente, al mecanismo de represión. Consideramos importante dejar en claro que nos referimos a las influencias,

pero no debemos exagerar en estas relaciones debido a que sus semejanzas son superficiales y limitadas. El hecho de que Herbart diferencia entre las representaciones conscientes y las inconscientes, o que pueda garantizar que estas últimas se muestran recurrentemente para convertirse en conscientes, y que el mecanismo por el cual se mantienen inconscientes sea llamado de represión, todo ello, por más que presente puntos de semejanza con la teoría construida por Freud, también mantiene diferencias fundamentales y por lo tanto es importante destacar los puntos en que no concuerdan para no correr el riesgo de reducir una teoría a la otra.

Debemos subrayar que el inconsciente, para Herbart, no pasa de un pálido recuerdo de la consciencia que ha quedado al margen, y cuyo acceso a la misma va a depender, sencillamente, de la intensidad de las representaciones que se enfrentan. Podemos decir que el inconsciente para Herbart no va más allá de una teoría de la consciencia que, aunque juegue con el dinamismo de las representaciones y con el papel desempeñado por el conflicto psíquico, no sobrepasa los límites de una psicología cuyos cimientos están en la consciencia (Assoun, 1982).

Se trata de influencias relevantes, cuya importancia es limitada. Contribuyen para cambiar un paradigma. Freud seguirá investigando esta nueva dimensión del aparato psíquico. Al seguir el hilo conductor que nos habíamos propuesto con la intención de comprender cómo se fue desarrollando el concepto de represión, vamos a volver a la "Carta 52" [1896] en que Freud ilustra su contenido con el nuevo triple tópico de: consciente, preconsciente e inconsciente, tal como veremos a continuación (Freud, 1994, p.274-280).

ARTHUR SCHOPENHAUER

«Puesto que el hombre en su totalidad es solo el fenómeno de su voluntad, nada puede resultar más absurdo que, partiendo de la reflexión, querer ser algo distinto de lo que se es» [*Die Welt als Wille und Vorstellung*, IV, § 55].

El concepto de Schopenhauer de pulsión («Trieb») sin objeto, presumiblemente a través de la obra de Nietzsche, se situaría en la base de la doctrina psicoanalítica de la pulsión de Sigmund Freud.

Arthur Schopenhauer (1788-1860), en su obra *Sobre la voluntad en la naturaleza (Über den Willen in der Natur*, 1936), aborda el tema del mundo natural, en el que observa una aparente voluntad que guía el comportamiento de los organismos durante su ciclo vital y que rige el comportamiento del universo. Schopenhauer compara la voluntad natural con el noúmeno (cosa en sí) de Kant, y el organismo con el fenómeno (manifestación aparente) perteneciente también a la filosofía kantiana. Esta obra puede entenderse como un intento de Schopenhauer de relacionar su filosofía metafísica con las ciencias empíricas.

Hay una voluntad moldeadora orgánica que guía el comportamiento animal y vegetal. Tenemos un ejemplo en el comportamiento de las arañas y abejas, cuya acción de tejer de manera proporcional su tela y construir

efectivamente panales parece producto de un pensamiento racional y deliberado, sin embargo, no es más que un ciego instinto.

Contra Jean-Baptiste Lamarck, cuya teoría postula que los organismos adoptan características genéticamente por voluntad propia, y que sus estructuras se adaptan para satisfacer sus necesidades volitivas, Schopenhauer afirma que la voluntad no proviene de la inteligencia, la voluntad es lo más primario en la naturaleza y la base de todos los elementos que la componen, la inteligencia deriva de la voluntad, y es solo una facultad con funciones orgánicas, como podría ser un brazo o un cuerno. Para Schopenhauer la voluntad puede entenderse igual que el nómeno, la cosa en sí de Kant, y al organismo aparente como la representación o manifestación de esta voluntad, es decir, el fenómeno. Schopenhauer, pues, defiende la noción que los organismos obedecen a la voluntad natural y no a su propio intelecto.

En *El mundo como voluntad y representación* (Die Welt als Wille und Vorstellung, 1819), Schopenhauer parte del idealismo transcendental de Kant, y de otros filósofos como Platón, Hume y Berkeley, así como de las filosofías hinduista y budista. La obra se abre con la siguiente afirmación: «El mundo es mi representación [...] Nadie puede salirse de sí mismo para identificarse directamente con las cosas distintas a él; todo aquello de que se tiene conocimiento cierto e inmediato se encuentra dentro de su conciencia». Existe, por un lado, el sujeto de la representación (*Vorstellung*), que es el que conoce; por otra, el objeto, lo que se conoce, condicionado o estructurado por las formas a priori kantianas del espacio, el tiempo y la causalidad. El objeto, los seres naturales, orgánicos e inorgánicos, sin embargo, y esto es lo importante, carecen de existencia real fuera de la representación; no tienen más valor que el sueño de Calderón de la Barca, o el velo de Maya de los hinduistas. Lo que posee existencia verdadera es la cosa en sí, que para Schopenhauer viene expresada en el término voluntad.

La realidad última de las cosas (cosa en sí de Kant), está representada para Schopenhauer por un principio metafísico general que gobierna el universo, una fuerza omnímoda que Schopenhauer denomina voluntad (*Wille*), o voluntad de vivir (aquí se inspirará Nietzsche para su "voluntad de poder"), y que no debe interpretarse en el sentido corriente del término más que metafóricamente: nuestra voluntad, deseo o pulsión no es más que una proyección insignificante de esa Voluntad con mayúscula, de la cual la representación es mero fenómeno o apariencia. La voluntad no se encuentra sujeta a las formas del fenómeno, es decir, a la causalidad, el espacio y el tiempo. Tampoco, por tanto, al principium individuationis, es decir, que no se objetiva en los seres individuales, sino en la suma de los mismos: la voluntad integra toda la naturaleza y el universo con la totalidad de entidades y seres que contienen. La voluntad, así, es una fuerza que obra sin motivo, irracionalmente; es como el motor ciego de la historia. Todas las energías de la naturaleza son expresivas de la Voluntad, incluyendo lo mismo las fuerzas naturales de todo signo (luz, gravedad, magnetismo),

como las motivaciones, los instintos y tendencias, tanto animales como humanos.

SIGMUND FREUD Y SCHOPENHAUER

«Schopenhauer dio una sacudida, anticipándose a Freud en medio siglo, a la filosofía de la conciencia que había predominado en el pensamiento occidental. En Schopenhauer aparece por vez primera una filosofía explícita del inconsciente y del cuerpo» [Rudolf Safranski: *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*].

«Schopenhauer es el primero en intuir la naturaleza energética e impulsiva, exenta de razón, del ser. En esto es uno de los padres del siglo psicoanalista, fundador de una época sistémica y teorizante del caos.» [Peter Sloterdijk]

La obra de Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación*, anticipa las ideas más características de Freud: El concepto de voluntad contiene los fundamentos de lo que en Freud llegarán a ser los conceptos del inconsciente y del Ello; las ideas sobre la locura anticipan la teoría de la represión de Freud y su primera teoría sobre la etiología de las neurosis; algunos aspectos de lo que será en el psicoanálisis la libre asociación; una teoría de la sexualidad que anticipa la mayor parte de la teoría freudiana.

Se ha discutido sobre la influencia que pudo haber recibido Sigmund Freud de Arthur Schopenhauer, concretamente de las lecturas que Freud tuvo de la obra de Schopenhauer y de las referencias a Schopenhauer que Freud recibió de Otto Rank y de Lou-Andreas Salomé. Se ha hablado de préstamos inconfesables. Hay temas similares y convergentes entre Freud y Schopenhauer: la sexualidad; la voluntad y el deseo; el conocimiento y la conciencia como superestructuras sostenidas por la voluntad o por el inconsciente; la relación entre conocimiento y voluntad; la conciencia y el inconsciente, etc.

En el siglo XIX, algunos temas generales como el de la voluntad y la conciencia eran muy frecuentes en el mundo de habla alemana, pero alcanzaron en Freud su máximo desarrollo y conceptualización. Pero los primeros planteamientos claros de estos temas se encuentran en Arthur Schopenhauer. Hay que reconocer que Schopenhauer anticipó de algún modo a Freud, lo que el propio Freud reconoció de forma un poco indirecta o más bien ambivalente. En 1925, Freud había afirmado que no había leído a Schopenhauer hasta "muy avanzada mi vida" (que podría ser alrededor de 1915, a la edad de 59 años). Aunque es incomprensible que no hubiera tenido noticia de Schopenhauer en su juventud, dado que el filósofo alemán era entonces el más discutido.

En febrero de 1914 Freud ensaya una primera historia oficial sobre el psicoanálisis en el escrito *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, en la que Freud reclama la prioridad de la doctrina de la represión frente a Schopenhauer, pilar fundamental sobre la que descansa el edificio del psicoanálisis.

«En cuanto a la doctrina de la represión, es seguro que la concebí yo independientemente; no sé de ninguna influencia que me haya aproximado a ella, y durante mucho tiempo tuve a esta idea por original, hasta que Otto Rank nos exhibió aquel pasaje de *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer, donde el filósofo se esfuerza por explicar la locura. Lo que ahí se dice acerca de la renuencia a aceptar un fragmento penoso de la realidad coincide acabadamente con el contenido de mi concepto de represión, tanto, que otra vez puedo dar gracias a mi falta de erudición libresca, que me permitió hacer un descubrimiento. No obstante, otros han leído ese pasaje y lo pasaron por alto sin hacer ese descubrimiento, y quizá lo propio me hubiera ocurrido si en años mozos hallara más gusto en la lectura de autores filosóficos. En una época posterior, me rehusé el elevado goce de las obras de Nietzsche con esta motivación consciente: no quise que representación-expectativa de ninguna clase viniese a estorbarme en la elaboración de las impresiones psicoanalíticas. Por ello debía estar dispuesto –y lo estoy de buena gana– a resignar cualquier pretensión de prioridad en aquellos frecuentes casos en que la laboriosa investigación psicoanalítica no puede más que corroborar las intelecciones obtenidas por los filósofos intuitivamente. La doctrina de la represión es ahora el pilar fundamental sobre la que descansa el edificio del psicoanálisis.» [Sigmund Freud: *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914)]

El objetivo de esta "historia del psicoanálisis" de 1914 es manifestar con orgullo que el psicoanálisis es un movimiento consolidado. Este escrito está dirigido también hacia los disidentes C. G. Jung y Alfred Adler. Freud defiende la autoría de sus ideas y se esfuerza en demostrar que el psicoanálisis es un descubrimiento totalmente original, y cómo evitó inspirarse en las obras de los filósofos para no "contaminarse" con otras ideas que "viniesen a estorbarme en la elaboración de las impresiones psicoanalíticas". Así declara con un deje de orgullo: "puedo dar gracias a mi falta de erudición libresca, que me permitió hacer un descubrimiento".

Cuando Freud cita a Schopenhauer para poner de manifiesto ciertas similitudes con las ideas del filósofo alemán, pero evitó fundamentar su teoría psicoanalítica en la filosofía de Schopenhauer, cosa que le hubiera desprestigiado en el mundo de la medicina oficial, cuyo reconocimiento Freud buscó toda su vida. Es cierto que Schopenhauer nunca tuvo para Freud una importancia tan grande y la razón principal es que posiblemente Freud no conociera suficientemente la obra de Schopenhauer.

Él mismo reconoce en una carta a Lou Salomé que no lo leyó hasta 1919. Freud no necesitaba la inspiración de Schopenhauer y, si no lo leyó antes de 1919, es porque no lo necesitaba, él estaba elaborando sus propias ideas basadas en la observación clínica. Freud vio que la psiquiatría de su tiempo no daba respuestas a muchos interrogantes que la práctica médica le planteaba. Elaborar una nueva concepción del psiquismo desde la experiencia médica fue su objetivo y fue así como comenzó el psicoanálisis.

Pero la nueva concepción de un método terapéutico para los trastornos psíquicos, tenía que estar en consonancia con la idea de ciencia y con

espíritu de su tiempo que no era otro que el método científico positivo. Freud se esforzó en adecuar las interpretaciones psicoanalíticas de los procesos inconscientes al modelo mecanicista vigente en su tiempo. El fundador del psicoanálisis no se podía permitir hacer fundamentación del psicoanálisis que no respetara los cánones científicos de su tiempo y se saliera del paradigma positivista predominante a finales del XIX y principios del XX. Esto explica su miedo a "contaminarse" de las ideas de los filósofos.

THEODOR LIPPS

Theodor Lipps (1851-1914), filósofo y psicólogo alemán, centrado en cuestiones de arte y estética, formuló en *Estética* (1903-1906) su teoría de la empatía estética (Einfühlung), como un proceso de afinidad entre objeto y sujeto, donde este se reconoce a sí mismo y se solidariza con él, en un proceso que permite al sujeto hallar un conocimiento de sí mismo que hasta ese momento ignoraba. El término Einfühlung ya había sido usado por Robert Vischer en el contexto de la teoría estética.

Particularmente importante fue el término Einfühlung para la discusión sobre el problema del otro, que después cobraría gran importancia en la fenomenología. Lipps mismo criticó la teoría de la analogía como modo de explicar el problema del otro. Cuando veo el fuego y el humo en relación repetida, la presencia del humo me permite deducir la existencia de fuego ("por el humo se sabe dónde está el fuego", dice una zarzuela española).

Aplicado al problema del otro, esto significa que tengo la experiencia del yo, y también la experiencia de un determinado gesto. De ahí que, cuando viera ese gesto en otro, el razonamiento por analogía me llevaría a deducir la existencia de otra subjetividad "mía", y no la existencia del otro. De ahí que la analogía no sea una buena explicación de la experiencia del otro.

Entre sus fervientes admiradores se encontraba Sigmund Freud, siendo Lipps por entonces el principal partidario de la idea del subconsciente. Pensaba que cada estado tiene su nivel de conciencia, y que el reír estaba asociado con aspectos negativos ocultos. Más adelante, Lipps adoptó algunas ideas de Edmund Husserl. Descontentos con su psicologismo, algunos de sus estudiantes se juntaron con otros de Husserl para formar una nueva rama de la filosofía llamada fenomenología de esencias.

WILHELM WUNDT

Wilhelm Maximilian Wundt (1832-1920), fisiólogo, psicólogo y filósofo alemán, desarrolló el primer laboratorio formal de psicología experimental en Leipzig en 1879 y creó el método experimental para estudiar la experiencia inmediata y observable. Abordaba los procesos sensoriales simples con el método de la percepción interna donde podía controlar ciertas variables experimentales, rechazando la introspección o autoobservación que distorsionaba su objeto de estudio (experiencia inmediata), por eso la Psicología es la ciencia más estrictamente empírica de todas y se complementaba con las ciencias naturales (experiencia mediata) ya que

estaba mediada por las estructuras biológicas, cognitivas, etc. y hacía una abstracción del sujeto, de modo que conocía de forma indirecta.

Wundt consideraba que ambas estudiaban la misma experiencia, pero desde distintos puntos de vista, por lo tanto, no era posible la reducción de la psicología a las ciencias naturales (física, química, fisiología, etc.) ni tampoco las ciencias naturales reducidas a la psicología

La psicología era para Wundt una disciplina que utilizaba técnicas análogas a las de la fisiología. La meta de la psicología era el estudio de los "procesos conscientes" o lo que Wundt consideraba parte de la "experiencia inmediata", como opuesta a la "experiencia mediata". De esta manera, cuando la experiencia ante algún estímulo se mide con la ayuda de instrumentos, queda incluida en el campo de la física; al contrario, cuando se describe el proceso consciente que se encarga de interpretar el estímulo – el "verdor" del verde o la "tonalidad" del tono–, se está describiendo entonces la experiencia inmediata y cayendo en el ámbito de la psicología. Los experimentadores no pueden separarse a sí mismos de sus objetos de estudio, dado que están estudiando sus propios procesos conscientes. Para Wundt, las sensaciones y sentimientos no eran solamente elementos que chocan e interactúan.

Al igual que John Stuart Mill, adoptó un modelo de la mente que hacía énfasis en los principios químicos y no en los mecánicos. La mente es una fuerza creativa, dinámica, volitiva. Nunca podría ser entendida mediante la simple identificación de sus elementos o su estructura estática. Por el contrario, debe entenderse a través del análisis de su actividad.

Posteriormente llamado estructuralista, Wundt llamó inicialmente a su psicología voluntarismo

LA NATURPHILOSOPHIE – LA FÍSICA DEL ROMANTICISMO

La Naturphilosophie o Filosofía de la Naturaleza fue una corriente de la tradición filosófica del idealismo alemán del siglo XIX ligada al Romanticismo. Muchos de los nombres asociados a ella también lo están a lo que se suele llamar romanticismo, hay veces que a la Naturphilosophie se la llama "ciencia romántica". La filosofía de la naturaleza romántica constituye la corriente filosófica dominante en la Europa de principios del siglo XIX. Sus supuestos científicos y metodológicos surgen como reacción frente al racionalismo de la Ilustración.

Inspirada en la *Crítica del Juicio* de Kant y en la obra de Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling (1775-1854) fue su principal promotor con su obra *Ideen zu einer Philosophie der Natur* (Ideas para una filosofía de la naturaleza, 1797). Para Schelling la naturaleza consiste en opuestos o polaridades: positivo y negativo para los fenómenos eléctricos, norte y sur para los magnéticos, ácidos y bases para los químicos. En cada caso, las fuerzas opuestas al unirse crean nuevas fuerzas y fenómenos en un plano superior. Todas ellas manifiestan una sola

fuerza subyacente y pueden convertirse la una en la otra en las circunstancias adecuadas.

Frente al mecanicismo de la física clásica, la Naturphilosophie defendió una concepción orgánica de la ciencia en la que el sujeto juega un papel esencial, concibiéndose el mundo como una proyección del observador.

La Naturphilosophie es una combinación de neoplatonismo con una interpretación de la filosofía de Inmanuel Kant. Del platonismo tomó la creencia en que todas las fuerzas que percibimos en el mundo no son más que manifestaciones de una única fuerza básica. De Kant tomó la concepción de que, en la construcción del conocimiento, la mente impone sus categorías (espacio, tiempo, causa y efecto) sobre la naturaleza. Los temas más recurrentes son el finalismo, la búsqueda de fuerzas y relaciones morfológicas ocultas y el establecimiento de correspondencias entre los objetos naturales. Frente al mecanicismo de la física clásica, la Naturphilosophie defendió una concepción orgánica de la ciencia en la que el sujeto juega un papel esencial, concibiéndose el mundo como una proyección del observador.

De la misma forma que los románticos reaccionaron en contra del racionalismo imperante en el siglo XVIII, los partidarios de la Naturphilosophie reaccionaron contra las ideas que ellos veían como herederas de Francis Bacon e Isaac Newton, a saber, que el universo estaba compuesto por átomos, que una metodología empiricista e inductivista era la mejor forma de explorarlo y que las matemáticas es el lenguaje de la naturaleza.

Johann Fichte (1762-1814) plantea el tema del Yo como actividad pura y espontánea del pensamiento, como una identidad (Yo-puro), distinta de sí mismo en cuanto No-Yo. El Yo-puro debe ser entendido como el proceso activo y espontáneo por el que el pensamiento tiene conciencia inmediata de su hacer y lo conoce sólo en tanto en cuanto principio activo. Según Fichte la naturaleza es algo negativo, porque representa un obstáculo para el actuar del Yo, aunque este no-Yo se convierte en el lugar de acción del Yo, sólo existe para que el Yo actúe y se desenvuelva sobre él, es, en definitiva, donde se practica la libertad. Por lo tanto, la naturaleza carecía de entidad y libertad propia.

Schelling quiere quitar esta idea negativa de la naturaleza y regresar a su fuerza vital y creadora que es independiente del Yo, y que posee un origen propio. El filósofo de la naturaleza trata a esta como el filósofo trascendental al Yo. Por tanto, la naturaleza misma es para él algo incondicionado.

Schelling quiere dar una explicación física unitaria de la vida, quiere demostrar que todos los diferentes tipos de fenómenos naturales provienen de un único principio primordial. Para darle unidad y continuidad a la naturaleza, Schelling introduce la idea de finalidad o teleología, y así, los distintos fenómenos que se presentan no son sino los medios para conseguir el objetivo último de la naturaleza, que no puede ser otro que alcanzar la conciencia y la máxima libertad.

Para que haya multiplicidad, según Schelling, tiene que haber un momento donde esta unidad se separa: debe de haberse realizado una escisión que se opone a esta unidad y que debe de existir al mismo tiempo que ella. Schelling busca en la naturaleza un principio separador, una ley de oposición, donde exista una duplicidad de fuerzas de signo contrario, y lo encuentra en el principio de polaridad. Este juego de fuerzas es la esencia de la vida. Toda esta idea de la polaridad, se origina de la oposición dualista de sujeto y objeto, y esta se mueve en todo el reino del ente. Una de estas fuerzas, que se oponen dinámicamente entre sí, debe ser una fuerza expansiva, centrífuga, y la otra, una fuerza que tenderá a concentrarse en sí misma, es decir, una fuerza centrípeta.

Pero estas fuerzas no pueden extenderse al infinito, porque una detiene a la otra formando una resistencia, que no es otra más que la fuerza de gravedad, que es precisamente lo que define la materia. El magnetismo representa la fuerza de atracción, cuando la fuerza expansiva se vuelve sobre sí misma, esto es, que cuando la fuerza de expansión es detenida por su contrario, que es la fuerza inhibidora, se produce una atracción hacia el punto de origen, a causa del predominio de dicha fuerza.

El mundo no consiste en la mera suma de una serie de objetos muertos, sino en el conflicto de dos fuerzas antagónicas, repulsión y atracción, que animan y dan vida a la materia. Ni la naturaleza es posible sin un sujeto que la reconozca, ni el espíritu es posible sin un mundo que se encuentre ya ahí. Cuando el sujeto intuye la materia, se está intuyendo a sí mismo en la materia viva. La filosofía de la naturaleza es ahora toda la filosofía y toda la ciencia.

El positivismo, el darwinismo y, probablemente, la profesionalización y especialización de la ciencia, acabaron con su influencia en asuntos científicos.

CAMBIO DE MODELO TEÓRICO TRAS LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

En 1920, publica Freud *Más allá del principio del placer*, que enuncia el programa o interrogante que constituye su eje.

«En la teoría psicoanalítica adoptamos sin reservas el supuesto de que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio de placer. Vale decir: creemos que en todos los casos lo pone en marcha una tensión displacentera, y después adopta tal orientación que su resultado final coincide con una disminución de aquella, esto es, con una evitación de displacer o una producción de placer.» [S. Freud: *Más allá del principio de placer*, 1920]

Este es el postulado fundamental que Freud pone en cuestión, pues es un principio al que impone límites la represión. La compulsión de repetición, por ejemplo, reaviva experiencias del pasado que no aportan ninguna posibilidad de placer ni en su momento pudieron aportar satisfacción.

«Tales observaciones, extraídas del comportamiento en la transferencia y del destino de los hombres, nos alientan a admitir que existe efectivamente en la vida psíquica una compulsión a la repetición que se ubica por encima del principio del placer. Por esto nos inclinamos a relacionar con esta compulsión los sueños de la neurosis de accidente y el impulso a jugar en el niño.»

Estos fenómenos de repetición que verifica la clínica apenas se pueden reducir a mociones inconscientes que tienden al placer, más bien ponen de manifiesto una bruta tendencia al "eterno retorno de lo mismo", como decía Nietzsche. La tendencia a la repetición se presenta como una ley del funcionamiento del aparato psíquico más profunda que el principio del placer, como una pulsión más primordial, que ahora Freud intentará explicar mediante una especulación. Freud modifica su concepto de la esencia de la pulsión y propone que "una pulsión sería un empuje intrínseco del organismo vivo en la dirección del restablecimiento de un estado anterior que se ser vivo tuvo que abandonar bajo la influencia perturbadora de fuerzas exteriores, la expresión de la inercia en la vida orgánica". El impulso a la repetición ya no será en adelante la expresión de la vida pulsional, sino su fuente y matriz. El origen de la evolución no estaría en la vida orgánica en sí misma. "Tenemos entonces que atribuir los resultados efectivos del desarrollo orgánico a influencias exteriores que lo perturban y lo desvían de su fin". La vida orgánica está consagrada a la inercia y a la repetición.

«Freud mismo observa que "ese modo de desarrollo solo podía explicarse muy parcialmente por factores mecánicos, y la explicación histórica es imprescindible". Se recuerda ahora la firmeza de la adhesión freudiana a los principios de la escuela de Helmholtz, se advierte cuán profunda es la evolución que en este punto ha sufrido su pensamiento. En adelante, el registro biológico se ha convertido para Freud en un orden propio, irreductible al campo físico-químico, y ese orden está caracterizado por la dimensión de la *historia*. De modo que Freud tomó distancia respecto de la concepción físico-fisiologista de la pulsión, mediante un pasaje decidido al darwinismo. La teleología puede entonces penetrar el mundo pulsional, de modo que las pulsiones se definirían en adelante más por su *finalidad* que por su cantidad (ciclo tensión-descarga). De la estructuración fundamentalmente "mecanicista" del pensamiento freudiano subsiste la idea de una inercia esencial del ser vivo, que solo avanza porque el camino de retorno está cerrado para él. Al pasar del registro psíquico al registro pan-biológico, esta convicción acerca de la no creatividad adquiere por otra parte una profunda significación que materializará el concepto de pulsión de muerte.» [Paul Bercherie: *Génesis de los conceptos freudianos*. B. A.: Paidós, 1988, p. 404-405]

«Los instintos orgánicos conservadores han recibido cada una de estas forzadas transformaciones del curso vital, conservándolas para la repetición, y tienen que producir de este modo la engañadora impresión de fuerzas que tienden hacia la transformación y el progreso, siendo así que no se proponen más que alcanzar un antiguo fin por caminos tanto antiguos como nuevos.

Este último fin de toda la tendencia orgánica podría también ser indicado. El que el fin de la vida fuera un estado no alcanzado nunca anteriormente estaría en contradicción con la Naturaleza, conservadora de los instintos. Dicho fin tiene más bien que ser un estado antiguo, un estado de partida, que lo animado abandonó alguna vez y hacia lo que tiende por todos los rodeos de la evolución. Si como experiencia, sin excepción alguna, tenemos que aceptar que todo lo viviente muere por fundamentos internos, volviendo a lo inorgánico, podremos decir: *La meta de toda vida es la muerte*. Y con igual fundamento: *Lo inanimado era antes que lo animado.*» [Freud: *Más allá del principio del placer*, 1920]

Freud amplía el concepto de libido sexual, que ahora se convierte en Eros, el "que conserva todas las cosas", "que procura provocar y conservar la cohesión de las partes de la sustancia viviente". Eros se identifica así con el Amor del mito platónico.

¿Qué ha motivado este viraje del pensamiento en Freud? Aunque Freud aduce como razón para esta cambio y modificación en su modelo especulativo los materiales clínicos y fácticos, esta poderosa corriente de pesimismo freudiano se inició con la experiencia vivida en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), que sirvió de motivación a Freud para plantear su concepto de pulsión de muerte. Freud había observado entre los veteranos una propensión a repetir experiencias funestas, lo que aparentemente contradecía el principio de búsqueda del placer. Esto lo llevó a postular la existencia en todos los seres vivos de una tendencia destructiva, opuesta al instinto de preservación de la propia vida. Tal tendencia podía dirigirse hacia sí mismo, configurando comportamientos autolesivos, o hacia el exterior.

La concepción y la teoría psicoanalítica desarrollada hasta entonces difícilmente podía explicar la violencia y la muerte vivida durante la guerra mundial. El frenesí destructor y autodestructor de la guerra permite sospechar la intervención de un factor que encuentra satisfacción en tales acciones en sí mismas, fuera de toda motivación narcisista.

«Hasta ahora, cuando Freud confiaba a la especulación la construcción de ciertas partes de sus modelos, recurría a metáforas mecánico-físicas, a materiales que por lo menos le parecían de *cariz* científico, y he aquí que en ese momento estaba tomando en sus manos lo que el propio Platón consideraba un mito. [...] El acceso a los "fenómenos narcisistas" llevó a Freud a aprehender ese aspecto global, personal de la subjetividad, que hasta entonces se le había escapado. Esa es precisamente la cuestión que trata de resolver el nuevo dualismo pulsional.

El problema que se plantea Freud es crucial: ¿cómo integrar el aspecto cualitativo, teleológico del psiquismo, el universo de la motivación finalista, a un sistema que sigue siendo fundamentalmente causalista, causal de tipo mecanicista, pues incluso el modelo evolucionista de la *Traumdeutung* es todavía el de una *máquina*, biológica, por cierto, pero no subjetiva. Hacer tabla rasa y reconstruir *de novo* un modelo totalmente inédito era una tarea sobrehumana. La utilización del evolucionismo darwinista, haciéndole jugar

hasta el límite la dialéctica de lo originario, la dimensión arqueohistórica. [...] Freud presentó la noción de *fantasma originario* como “patrimonio filogenético”. “Es posible que lo que se nos presenta en el curso del análisis con carácter de fantasmas, es decir la seducción de niños, la excitación sexual, etc. antaño, en las fases primitivas de la familia humana, fueron realidades, y es posible que al dar libre curso a su imaginación el niño solamente llene, con ayuda de la verdad prehistórica, las lagunas de la verdad individual” (Freud: *Introducción al psicoanálisis*). [...]

Ocurre que otra tradición ha infiltrado profundamente el pensamiento freudiano. La reacción globalista se reconcilió con las corrientes filosóficas contras las cuales el positivismo cientificista de fines del siglo XIX había construido su psicología sin alma. Para construir la nueva psicología se tomaban conceptos e intuiciones de los espiritualistas franceses, del kantismo, de Aristóteles, del vitalismo. Freud no fue la excepción a la regla: él se abreva en su propia prehistoria de fisiólogo helmholtziano, en esa filosofía de la Naturaleza que lo había impulsado hacia la medicina después de escuchar la lectura del manifiesto de Goethe, en esa metafísica romántica de la que Brücke lo había apartado a favor de concepciones más sobrias y “prosaicas”. De modo que Freud reencontró la tradición de esa concepción pan-psiquista que consideraba a la Naturaleza un ser subjetivo y todopoderoso, y la panteizaba como fuente de vida, acordando sentido y espiritualidad a cada uno de sus elementos, a cada una de sus leyes y al movimiento universal; al hacerlo, el creador del psicoanálisis invocó a lo largo de su recorrido a aquellos que recogieron la herencia de Schelling y los románticos: Fechner (el Fechner “nocturno”, “místico”), que ya aparece en la segunda página de *Más allá del principio del placer* (1920), y de Schopenhauer, con cuyas huellas le sorprende cruzarse respecto de la pulsión de muerte, y al que parece haberle tomado la utilización del mito platónico. [...]

“Si la biología es verdaderamente un dominio de posibilidades ilimitadas” (del cual) tenemos que prepararnos a recibir las luces más sorprendentes”, sucede que se trata por excelencia de la ciencia de la naturaleza, en lo que esta última tiene de más misterioso y sobrenatural: la vida. Ocurre también que ya no se trata de esa sucursal particular del dominio físico-químico que procuraba promover la escuela de Helmholtz, sino, del otro lado del lamarckismo de Darwin, de la naturaleza antropomórfica de Goethe y Schelling.» [Paul Bercherie, o. c., p. 410]

FREUD Y GOETHE

Ernest Jones (1953, 1955, 1957), en su biografía de Sigmund Freud, describe el influjo de la cultura alemana en la conformación del psicoanálisis freudiano. La educación humanista de Freud lo familiarizó con la obra de Sófocles, Shakespeare, Cervantes, Darwin y muchos otros. Pero la figura central para Freud entre los clásicos fue Johann Wolfgang von Goethe.

Como escribe Hanns Sachs (1881-1947), temprano colaborador de Freud: «Para todos aquellos que nacieron y fueron educados en el círculo cultural alemán durante el siglo XIX, había un tema de conversación inagotable, imperecedero: Goethe. Su vida y su obra por ende jugaban un rol nada desdeñable en nuestros diálogos.»

Freud estaba familiarizado con la obra de Goethe desde su temprana niñez. Y, según cuenta el propio Freud en su *Presentación autobiográfica*, «la lectura en una conferencia popular (por el profesor Carl Brühl) del hermoso ensayo de Goethe "Die Natur", que escuché poco antes de mi examen final de bachillerato, me decidió a inscribirme en medicina» (Freud 1925). Hoy sabemos que el texto original es un ensayo escrito por el traductor y párroco suizo Georg Christoph Tobler alrededor de 1783 y fue publicado en 1884. Repetidamente se asignó su autoría a Johann Wolfgang von Goethe lo que él más bien tiende a desmentir.

Las referencias a Goethe son constantes a lo largo de toda la obra freudiana y probablemente sea el autor más citado por Freud. La presencia de Goethe en la obra freudiana es incesante, las referencias al Fausto, en general, y a Mefistófeles, en particular, son numerosas.

EL VUELCO FILOSÓFICO DE FREUD

La Filosofía de la Naturaleza del romanticismo y la concepción freudiana de un vitalismo negativo.

Según señala Bernfeld (1944), los orígenes de la concepción mecanicista del mundo se remontan a 1842, cuando Emil du Bois-Reymond y Ernst Brücke, ambos alumnos del célebre fisiólogo vitalista Johannes Müller formaron un grupo junto con Hermann Helmholtz y Carl Ludwig y crearon la Berliner Physikalische Gesellschaft, en 1845. Objetivo fundamental de este grupo de estos científicos era doble: demostrar experimentalmente que "Ninguna otra fuerza más que las fuerzas físico-químicas ordinarias están activas dentro del organismo" (du Bois-Reymond 1842), y destruir la tesis central del vitalismo que defendía su maestro Müller, la idea de que las individualidades biológicas están animadas y organizadas por una especie de fuerza esencialmente irreductible a las leyes físico-químicas, que es preciso denominar *Lebenskraft* o fuerza vital.

Pero, según Bernfeld (1944, 1949) y Jones (1976) esta forma extrema de mecanicismo aplicado a la fisiología y representado por la "Escuela de Helmholtz", ni es la primera ni la única fuente de la que bebió Freud. Lo que despertó en Freud el interés por la Biología y medicina fue la Filosofía de la Naturaleza (Naturphilosophie) del romanticismo alemán). La Naturphilosophie romántica tuvo su apogeo entre 1794 y 1830, pero en la década de 1870 volvió a estar en el centro del interés científico y filosófico tras la publicación de la teoría de la evolución Darwin.

«Entretanto, la doctrina de Darwin, reciente en aquel tiempo, me atrajo poderosamente porque prometía un extraordinario avance en la comprensión del universo, y sé que la lectura en una conferencia popular

(por el profesor Carl Brühl) del hermoso ensayo de Goethe «Die Natur», que escuché poco antes de mi examen final de bachillerato, me decidió a inscribirme en medicina.» [Freud: *Presentación autobiográfica* (1925-1926)]

La Filosofía de la Naturaleza del romanticismo alemán está inspirada en los ensayos científicos de Goethe, en los trabajos filosófico-literarios de Schelling y Herder, en las reflexiones de Spinoza sobre la naturaleza, en la filosofía de Kant. La Naturphilosophie concibe el universo y la naturaleza como un único y gran organismo, movido por fuerzas y tensiones en una polaridad y un conflicto eterno. Esta Filosofía de la Naturaleza pretendía ser una "física especulativa", una especie de metafísica, una interpretación filosófica y global de los grandes hallazgos de las ciencias. Buscaba dar respuesta a las preguntas: ¿qué es un organismo?, qué principios rigen lo viviente, ¿qué es la vida, ¿cómo ha llegado el hombre a ser lo que es?

El probable que joven Freud tomara contacto con las ideas del Romanticismo alemán durante su formación en el Gymnasium, donde recibió una educación eminentemente humanista, y cuyos maestros pertenecían a una generación imbuida de las ideas románticas de los círculos intelectuales de Alemania y Austria. Pero, como refiere Bernfeld (1944), el contacto de Freud con el mecanicismo materialista de la "Escuela de Helmholtz" frenó la inclinación de Freud hacia la especulación filosófica. La concepción "cientificista" y positivista de la ciencia oficial en Viena se impuso al joven Freud, que desde entonces renegó de sus inclinaciones hacia la especulación y a toda explicación "global", prefiriendo al "análisis" a la "síntesis". A la pregunta acerca de cuánto había leído sobre filosofía: "Muy poco. En mi juventud sentí una poderosa atracción hacia la especulación, y la refrené despiadadamente".

Según Bernfeld (1944, 1949), fue grande el impacto de la doctrina mecanicista y del ambiente científicista reinante en Viena sobre el joven Freud, que una vez que comenzó a trabajar en el Laboratorio de Fisiología de Brücke (1876), abandonó de repente los seminarios de filosofía impartidos por el célebre Franz Brentano (1838-1917), sobrino del poeta y novelista alemán Clemens Brentano y de su hermana Bettina von Arnim. Franz Brentano es considerado el principal representante alemán del Realismo en Psicología. Sus ideas confluyeron en la Fenomenología de Edmund Husserl (1859-1938), junto con el Neorrealismo en Filosofía y en el movimiento de la Gestalt en Psicología. Freud había asistido una vez por semana durante 1874 y 1876 a los seminarios de Brentano, en los que se familiarizó con los textos clásicos, particularmente con la lógica y la filosofía de Aristóteles.

EL MITO DEL FREUD MECANICISTA

Se ha puesto en duda el mito del "Freud mecanicista", argumentando que en el año de nacimiento de Freud (1856) el movimiento biofísico y mecanicista de la *Berliner Physikalische Gesellschaft* (1845), que formaban, junto con Hermann Helmholtz y Carl Ludwig, Emil du Bois-Reymond y Ernst Brücke,

los dos últimos alumnos del célebre fisiólogo vitalista Johannes Müller, ya no era tan influyente. Cuando Freud comienza a estudiar Medicina en Viena, el grupo de Helmholtz ya había constatado la imposibilidad de reducir a mecánica analítica el proceso general de la vida. Los mecanicistas nunca lograron explicar los fenómenos vitales como producto solo de la física y la química.

Cranefield (1966a; 1966b) afirma que el movimiento biofísico no podría ser caracterizado solamente por un materialismo mecanicista ingenuo e invasivo; lejos de ello, este movimiento debería ser pensado como una "Naturphilosophie invertida", puesto que tanto en sus hipótesis experimentales como en sus conceptos fundamentales, trataban de brindar respuestas de naturaleza físico-química a las mismas grandes interrogantes que dieron forma a la filosofía de la naturaleza. Así, mientras la supuesta "Escuela de Helmholtz" buscaba explicar los fenómenos de la vida acudiendo a fuerzas o a energías de naturaleza físico-química, la Naturphilosophie buscaba explicar los mismos fenómenos acudiendo a principios filosóficos.

Donde la escuela de la Naturphilosophie había visto la unidad en una relación microcosmos-macrocosmos entre el hombre y el universo, estos hombres vieron una unidad apoyada en un materialismo mecanicista, de tal modo que todas las funciones del cuerpo animal fueron explicables, en última instancia, por las leyes de la mecánica.

«Afirmar que el materialismo mecanicista aplicado a la fisiología no es otra cosa que una "Naturphilosophie invertida" es aseverar, en el fondo, que durante su formación como biólogo y médico Freud no sólo estuvo en contacto con problemas zoológicos, anatómico-histológicos o neurológicos que habrían de ser resueltos bajo una cuidadosa y paciente observación microscópica o bajo el rigor de los protocolos de experimentación, sino también, y por sobre todo, con problemas científicos que derivaban inevitablemente en interrogantes filosóficas u ontológicas mayores, tales como: ¿cuál es la naturaleza del hombre?; ¿qué relación existe entre el viviente humano y las formas "inferiores" de vida?; ¿cuál es el lugar del hombre dentro de una evolución general de las especies?; ¿cuáles son las metas de la vida?; y, por qué no, ¿Qué es la vida?

Los grandes interrogantes planteados por la Naturphilosophie reavivaron el interés por el viejo vitalismo, doctrina científico-médica heterogénea y no unitaria que "representa una actitud de resistencia con respecto a la 'invasión' de las ciencias físicas y químicas en las ciencias biológicas y médicas" (Han, 2008), y que propone la existencia de una fuerza o de un principio vital que resulta ser esencialmente irreductible a las leyes físico-químicas que rigen los dinamismos de la materia inorgánica, es decir, que hay algo de la vida y en la vida de lo viviente que escapa a las pretensiones científicas de pesar, medir y razonar físico-matemáticamente.

¿Por qué razón los historiadores del psicoanálisis no han mostrado una preocupación genuina por rastrear las huellas de la polémica entre el mecanicismo y el vitalismo en la obra de Freud? ¿Pudo el vitalismo haber

jugado un papel en la arquitectura teórica de sus primeras nociones, o bien en los futuros conceptos de su metapsicología? ¿Es que hablar de vitalismo en el caso de la teoría psicoanalítica constituye una fuente de descrédito para las pretensiones de objetividad y de rigor científico que algunos albergan con respecto a ella?» [Felipe Henríquez Ruz: "Freud, la pulsión y lo viviente. En búsqueda de un vitalismo negativo", *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 2019-01-30]

Para algunos autores Freud no fue un vitalista en el sentido estricto, pero su concepto de energía psíquica es un concepto vitalista en el sentido de que es similar y está influenciado por la fuerza vital, y por ser en gran medida funcionalmente equivalente a ella. La noción freudiana de energía psíquica va en el mismo sentido que las fuerzas propuestas por el vitalismo. La teoría freudiana de la energía psíquica sería muy parecida a la de los vitalistas de su tiempo: *L'évolution créatrice* (1907), del filósofo y escritor francés Henri Bergson (1859-1941), describe el *élan vital* (ímpetu vital) como fuerza hipotética que causa la evolución y desarrollo de los organismos, la cual Bergson relacionó estrechamente con la conciencia. Bergson dice que la vida es "la conciencia lanzada a través de la materia", que "la vida es, en realidad, de orden psicológico", como si las fuerzas que rigen la vida orgánica no pudieran ser pensadas por fuera de la íntima trabazón que establecen con sus representantes o delegados psíquicos. Pues bien, este vínculo indisoluble que existiría entre los registros somático y psíquico toca directamente al corazón de la definición del concepto de pulsión que Freud expuso en 1915, en "Pulsiones y destinos de pulsión".

¿DÓNDE ENMARCAR LAS TEORÍAS PSICOANALÍTICAS?

Para algunos, el psicoanálisis no es una ciencia natural, sino una ciencia hermenéutica, es decir, que interpreta fenómenos, no comprueba hipótesis empíricamente. Otros afirman que el psicoanálisis tiene algo que decir sobre los problemas que la ciencia deja de lado.

«Una de las mayores adquisiciones del pensamiento se realizaría cuando los hombres comprendieran –no sólo comprendieran, sino sintieran– que una gran parte de las teorías, opiniones, observaciones, etc. que se tratan como opuestas, no lo son. Es una de las falacias más comunes, y por la cual se gasta en pura pérdida la mayor parte del trabajo pensante de la humanidad, la que consiste en tomar por contradictorio lo que no es contradictorio; en crear falsos dilemas, falsas oposiciones. Dentro de esa falacia, la muy común que consiste en tomar lo complementario por contradictorio, no es más que un caso particular de ella, pero un caso prácticamente muy importante.» [Carlos Vaz Ferreira, filósofo uruguayo]

«Cualquier teoría racional, sin importar que sea científica o filosófica, es racional en tanto que intenta resolver ciertos problemas. Una teoría es comprensible y razonable sólo en relación con determinada situación de problema. Y sólo puede discutirse racionalmente estudiando esta relación.» [Karl Popper, 1995]

Karl Popper criticó el psicoanálisis y el marxismo porque son teorías irrefutables que siempre se justifican a sí mismas: el que critique el psicoanálisis lo hace porque está bajo la influencia de mecanismo de defensa neurótico, y quien critica al marxismo es un "burgués" o capitalista.

Conforme al testimonio del psicoanálisis, casi todas las relaciones afectivas íntimas de alguna duración entre dos personas dejan un depósito de sentimientos hostiles, que precisa, para escapar de la percepción, del proceso de la represión. Aquí Freud pone una trampa que no permite ninguna salida: si negamos lo que afirma Freud, estaremos precisamente confirmando la fuerza de la represión. Este es el recurso constante del psicoanálisis que Karl Popper denuncia: el rechazo de toda teoría psicoanalítica es una prueba más de la activación de un mecanismo psicológico de defensa: el mecanismo de resistencia.

Karl Popper no creía que el psicoanálisis no fuese una ciencia porque no servía para explicar bien lo que ocurre, sino por algo aún más básico: porque no era posible ni siquiera plantearse la posibilidad de que estas teorías sean falsas.

«Yo, al menos, estoy convencido de que existe un mundo del inconsciente y de que los análisis de los sueños de Freud en su libro son fundamentalmente correctos, aunque sin duda incompletos (como él mismo deja claro) y, necesariamente, algo sesgados. Digo 'necesariamente' porque incluso la observación 'pura' no es nunca neutral, es necesariamente el resultado de una interpretación.»

Imre Lakatos señaló que el psicoanálisis no cumple el criterio de refutabilidad, pero que tampoco lo hace la dinámica ni la Teoría de la gravitación de Newton. Esto indica que el criterio es demasiado exigente, ya que no lo satisfarían ni siquiera los ejemplos paradigmáticos de la ciencia.

Jacques Lacan está de acuerdo con Popper: «El psicoanálisis debe ser tomado en serio aun cuando no sea una ciencia. Porque lo enojoso, como lo ha mostrado sobreabundantemente un llamado Karl Popper, es que no es una ciencia porque es irrefutable.» Pero en otro lugar, Lacan dice que la ciencia refutable «es una futilidad que no tiene peso en la vida de nadie, aun cuando tenga efectos, la televisión por ejemplo.»

«Sigmund Freud nunca, en vida, publicó su *Proyecto de psicología para neurólogos*. Su manuscrito permaneció inédito hasta diez años después de su muerte. Investigador honesto y riguroso, advirtió tempranamente el corte radical e irremediable que él mismo introdujo entre anatomía y fisiología del sistema nervioso por una parte y lesión histérica por otra. Esa brecha no sólo no fue salvada con el tiempo y los progresos de la teoría analítica, sino que se profundizó cada vez más. El inconsciente freudiano está tan poco conectado hoy con la anatomía o la química neuronal como lo estuvo en 1900. El psicoanálisis nunca será una neuropsicología. Más en general, el psicoanálisis no es una neurociencia, no lo será jamás, porque renunció desde el comienzo a serlo, en su acto de fundación como discurso.

Este gesto de Freud no es sin embargo oscurantista, todo lo contrario, es la respuesta firme y esclarecedora a lo que viene del otro lado: el discurso científico no sabe nada del síntoma histérico, ni quiere saberlo. Es bien conocido que incluso el término mismo de "histeria" ha sido suprimido de los DSM en su cuarta versión. [...]

El psicoanálisis no puede plantearse como una práctica completamente ajena al discurso científico, por una razón esencial, que permitió a Lacan precisar conceptualmente la clave de la distinción y de la articulación entre el psicoanálisis y la ciencia: aún si el psicoanálisis no es una ciencia, el sujeto del psicoanálisis es el sujeto de la ciencia. [...]

El psicoanálisis intersecta con la ciencia, alojando en su campo lo que la ciencia deja afuera. Para nosotros, psicoanalistas, pierde importancia la pregunta sobre si el psicoanálisis es o no una ciencia, y se vuelve en cambio decisiva la pregunta sobre qué sería una ciencia que incluya al psicoanálisis, es decir, una elaboración de saber que no deje afuera al sujeto.» [Gabriel Lombardi: "*La demarcación freudiana entre psicoanálisis y ciencia*"]

«Las mayores críticas al psicoanálisis no provienen hoy en día de la ciencia, que no se encuentra en condiciones de presentar interrogantes que superen las objeciones que el propio psicoanálisis le formula, y ante las cuales no tiene respuesta. Su existencia más dudosa se desplaza en función de cierto compromiso con el sistema, así como con la complicidad institucional que sostiene y en la que una permanente reflexión sobre su implicación sería muy bienvenida.» [Horacio C. Foladori: "Psicoanálisis y ciencia, bases del desencuentro", en *POLIS, Revista Latinoamericana*, 2/2002]

«Freud medía el valor de sus ideas por la resistencia que encontraban en el mundo exterior. Según él, la resistencia oculta la verdad. Por eso Freud podía contabilizar como prueba de la verdad de sus conceptos el rechazo que provocaban. Sin embargo, las investigaciones han demostrado que la reacción al psicoanálisis no fue unánimemente hostil. Hay dos niveles de aceptación: el que se dio entre los psicólogos profesionales y el existente entre los escritores de divulgación y la prensa. En el nivel profesional la respuesta fue mixta. Muchos se horrorizaron por su énfasis en el sexo. Su *Estudio sobre la histeria* no fue considerado como una novedad, resucitaba solo antiguas teorías sobre el origen sexual de la histeria.

En el nivel popular, las obras de Freud fueron bien acogidas, aunque se reseñaba que Freud no decía nada que los poetas no hubieran dicho antes mejor que él. *La interpretación de los sueños* recibió alabanzas casi unánimes en la prensa popular alemana. La visita de Freud a América encontró un tratamiento favorable en la prensa.

Esto explica el hecho singular de que el psicoanálisis haya tenido mucha más influencia en los valores y creencia culturales generales, que en el curso general de la Psicología académica. Desde su aparición, el psicoanálisis ha estado sometido a una crítica implacable por parte de la psicología académica. El conductismo de los años 1920 arrinconó las teorías de Freud como mitos.

Sin embargo, a nivel popular, pocos pensadores han tenido tanta influencia sobre la civilización occidental moderna como Sigmund Freud. La psicología intuitiva del hombre de la calle y los métodos de crianza infantil serían hoy muy diferentes, de no haber existido el psicoanálisis. Freud no pudo convencer a los psicólogos científicos profesionales, pero conquistó la mentalidad popular.

Las hipótesis científicas de Freud no siempre han corrido buena suerte en manos de los investigadores. Por ello, es preferible considerar a Freud no como un doctor, o un científico, sino en última instancia como un filósofo, obligado a ser médico contra su voluntad. Como filósofo, Freud es un estoico moderno, un hombre que puede mantenerse impávido ante lo irracional – confiado en que terminará por encontrarse un orden racional–. Su compromiso con el determinismo era menos una fe en la causación nerviosa eficiente, que una fe en el *Logos* del universo. Como los estoicos, Freud nos exhorta a abandonar la civilización represiva, no para someterse a los simples gozos del ello, sino más bien para sustituir la represión inconsciente por el autocontrol racional. Freud nos pide que nos enfrentemos al inconsciente para conquistarlo en nombre de la razón.» [Leahey, Thomas: *Historia de la psicología*. Madrid: Debate, 1982, p. 338-340]

La felicidad es la satisfacción modesta que procura el acuerdo con el principio de realidad, es la *áurea mediócritas* de una vida conforme a la Naturaleza, al Todo, a la Ananke (la diosa de la necesidad y del destino), es la prudencia.

La idea de más manifiestamente tomada del estoicismo, o que empalma con las doctrinas estoicas, es la definición negativa de la felicidad:

“No nos asombremos si bajo la presión de las posibilidades de sufrimiento el hombre se aplica de ordinario a reducir sus pretensiones a la felicidad y se considera feliz ya por haber escapado a la desgracia y superado el sufrimiento” (capítulo II de *El malestar en la cultura*).

La crítica que se ha hecho a toda la concepción freudiana se puede resumir en los puntos siguientes: Muchos de sus conceptos son ambiguos e imprecisos: pulsión, libido, energía psíquica, etc. Define la pulsión, unas veces, como una cantidad o suma de energías, y otras, como algo fronterizo entre lo mental y lo físico. ¿Cómo puede ser la pulsión a la vez un representante mental y una medida de energías? Freud habla de consciente, preconscious e inconsciente como términos que indican cualidades (actos conscientes, inconscientes, etc.), no obstante, se refiere a ellos constantemente como sistemas del aparato psíquico o de la personalidad. Freud tiene una marcada tendencia a emplear sus conceptos en términos cuantitativos físicos; da la impresión que toda la armazón conceptual freudiana y toda su orientación es mecánica y materialista. Concibe las relaciones de la persona con el medio, como externa y mecánica. Entre el organismo y el medio no hay acción recíproca, solo contacto físico. Freud no tiene en cuenta el papel creador del medio en el desarrollo y experiencia de la persona. Da demasiada importancia al factor sexual en detrimento de

otros factores que actúan sobre el individuo: los ambientales y culturales. Su teoría sexual es más amplia y detallada respecto a los hombres que a las mujeres. Hace demasiado hincapié en el determinismo del pasado. Confunde fenómenos culturales con biológicos. Atribuye a las pulsiones formas de reacción provocadas por el ambiente.

Pero hay que tener en cuenta que muchos de sus errores corresponden solo al grado de conocimientos científicos propios de su época. A pesar de la implacable crítica a la que fueron sometidas sus ideas, tanto en vida como una vez desaparecido, Freud se convirtió y sigue siendo una de las figuras más influyentes del pensamiento contemporáneo.

Freud fue un "descubridor" o, como a él le gustaba decir, y empleaba para ello un sustantivo español, un "conquistador".

«No soy ni un verdadero hombre de ciencia, ni un observador, ni un experimentador, ni un pensador. Por temperamento, yo sólo soy un conquistador, un explorador, si prefieres ese término; con toda la curiosidad, la audacia y la tenacidad que caracterizan a esa clase de hombres». Así se definió Freud en una carta a Wilhelm Fliess en 1900. Como escribe Peter Gay «Freud no era el mejor juez de sí mismo», pues es evidente que la huella de aquel conquistador sigue siendo muy profunda.

Descubrió nuevas tierras y, a diferencia de Cristóbal Colón, supo desde un principio que se trataba de un "nuevo mundo". Este "nuevo mundo" fue explorado por las generaciones posteriores, que hicieron una cartografía más exacta que la que, en un principio, había diseñado el "descubridor".

En el acto del sepelio de los restos de Sigmund Freud en Londres (1939), el escritor austriaco Stefan Zweig (1881-1942) pronunció las siguientes palabras:

«Aquí yacen los restos de un hombre del que se puede decir que antes de él el mundo era distinto.»

LAS HERIDAS NARCISISTAS DE LA HUMANIDAD

Sigmund Freud se consideró siempre como el científico que con sus descubrimientos estaba llamado a herir el narcisismo de la humanidad.

«El narcisismo, el amor propio de la humanidad en general, ha experimentado hasta el presente, por obra de la investigación científica, tres graves humillaciones.»

Primero, Copérnico arruinó la ilusión geocéntrica (la Tierra no es el centro del mundo); después, Darwin la ilusión "biocéntrica" (el hombre no es señor de la creación animal). Finalmente, Freud vendría a quitar al hombre su tercer motivo de presunción: su propia alma y su conciencia. El sujeto pierde la propiedad del mundo y de sí mismo: "El Yo no es amo en su propia casa".

Heridas narcisistas que ha sufrido la humanidad desde el Renacimiento:

- a) Galileo probó que no somos el centro del Universo, sino que la Tierra gira alrededor del sol.

- b) Darwin probó que somos producto de la evolución animal y no criaturas creadas por Dios a su imagen y semejanza.
- c) Sigmund Freud probó que "der Mensch ist nicht Herr im eigenen Haus", el hombre es esclavo de sus tendencias inconscientes y no controla todas sus acciones ni dispone de libre albedrío. Se pierde la fe en la conciencia. El socrático "conócete a ti mismo" es inalcanzable.
- d) La astronomía probó que nunca podremos conocer el Universo tal como es en el momento en el que lo observamos. Las señales nos llegan con un retraso de millones de años de luz. En astronomía nunca estaremos al día.
- e) La nueva astrofísica probó que solo conocemos 5 % de la materia (la materia ordinaria), el resto es materia oscura y energía oscura, aún totalmente desconocidas para nosotros.
- f) En el mundo subatómico, nunca podremos observar una partícula o un proceso subatómico sin modificarlo con nuestra observación: principio de indeterminación de Werner Heisenberg.

Los humanos tenemos que consolarnos con solo lo probable, lo razonable y lo aproximado. Tenemos que renunciar a lo completamente cierto, lo completamente racional y lo exacto.

La alternativa no es una actitud narcisista del "todo o nada" que subyace en la expresión socrática del "sólo sé que no sé nada", o en la cómoda conclusión del "todo es relativo" y no hay ninguna verdad absoluta (postmodernismo). El que solo sabe que no sabe nada o que todo es relativo ya sabe mucho más de lo que pretende no saber, y es que, en el fondo, a lo que aspira es a saberlo todo.

Como dice el proverbio para unos chino, para otros árabe:

«El que no sabe y sabe que no sabe, es un perezoso: ignóralo. El que no sabe y no sabe que no sabe, es un ignorante: olvídale. El que sabe y no sabe que sabe, está dormido: despiértalo. El que sabe y sabe que sabe, es un sabio: síguelo.»

Como escribe Roland Jaccard (*Historia del psicoanálisis*, Barcelona, 1984, p. 12-13):

«Si el psicoanálisis muere algún día, será de vejez, y no por haber sido refutado. El psicoanálisis, en sus orígenes, aspiraba a "perturbar el sueño del mundo". No es nada seguro que lo haya logrado. Tal vez no ha llegado más que a engendrar nuevos conformismos, en lo cual, por otra parte, casi no se distinguiría de otros movimientos revolucionarios (el cristianismo, la Revolución Francesa, el comunismo, etc.) que proclaman pretensiones similares.»